6919

Mateo
ó
La hija del Espagnoleto

MATEO,

ó

LA HIJA DEL ESPAGNOLETTO.

DRAMA CÓMICO EN CINCO ACTOS,

ARREGLADO AL TEATRO ESPAÑOL

POR

DON VENTURA DE LA VEGA,

Y REPRESENTADO EN EL DEL PRINCIPE

EN LA FUNCION DE NOCHE-BUENA DE 1840.

MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YENES,

CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1840.

PERSONAS.

MATEO.	*D. Julian Romea.*
EL MARQUÉS DE FIE-RAMONTE.	*D. Lázaro Perez.*
JULIANI.	*D. Florencio Romea.*
VENETTI.	*D. Luis Fabiani.*
BONESCO.	*D. Angel Lopez.*
GERÓNIMO.	*D. Ignacio Silvostri.*
JACOBO.	*D. Juan Torroba.*
ESTELA.	*D.ª Teodora Lamadrid.*
MIQUELA.	*D.ª Matilde Diez.*
TERESA.	*D.ª N. N.*
LA SUPERIORA. . .	*D.ª Maria Córdoba.*

Religiosas.—Pensionistas.—Esbirros, criados, caballeros, &c. &c.

Los cuatro primeros actos en Florencia: el quinto en Liorna.—Siglo XVII.

Este drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y estrangero; quien perseguirá ante la ley al que le reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real órden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, y la de 16 de abril de 1839, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

ACTO PRIMERO.

Habitacion modesta, que sirve de estudio á un pintor. Puerta al fondo, y á su lado una ventana que dá á la calle. A la izquierda una puerta, y á la derecha una ventana que dá á un jardin.—A la derecha un caballete con un cuadro que representa un San Miguel: á la izquierda, en una silla, otro cuadro que representa el estudio de un pintor.

ESCENA PRIMERA.

JULIANI. JACOBO. MIQUELA.

(*Juliani de pie junto á la ventana de la derecha moja maquinalmente el pincel en la paleta, y tiene fija la vista en el jardin.—Jacobo se quita la barba postiza, el gaban y el birrete con que estaba sirviendo de modelo, y lo pone en una silla.—Miquela sale por la izquierda.*)

Miquela. Aqui estoy ya, señor Juliani... os he hecho esperar... (*A Jacobo.*) Calle! donde está?

Juliani. (*Mirando al jardin.*) Ah!... allí la veo!... es ella?... No, no...

Jacobo. (*A Miquela.*) Ahí está.

Miquela. (*Acercándose á Juliani.*) Señor Juliani...

Juliani. (*Sin mirarla.*) Puedes ya retirarte.

Miquela. Cómo!... qué decis?...

Juliani. (*Mirándola.*) Ah! perdonad, mi querida Miquela... creí que hablaba con Jacobo.

Miquela. (*Aparte.*) Su querida Miquela!... eso es otra cosa!—He tardado bastante; pero habeis de saber que he estado ahí, en el convento...

Juliani. Sí, ya lo sé... os he divisado...

Miquela. Es verdad... desde esa ventana que cae al jardin... Si os hubiese hecho falta me hubiérais

677590

llamado... con hacerme una seña... y en verdad que no me hubiera pesado; porque estarse tanto tiempo en un jardin en la mitad del invierno... aunque sea en Florencia, no es muy divertido... y esa Teresa me ha tenido ahí cerca de una hora... (*Juliani se vuelve á la ventana.*) Teresa... ya la conoceis... la muger del jardinero. Yo le he sacado de pila un hijo... y siempre que voy á dar un beso á mi ahijado, no me quiere soltar... y lo mismo me sucede con las religiosas y con las pensionistas...

Juliani. (*Con prontitud.*) Ah!... tambien soleis hablar con ellas?

Miquela. Oh! yo lo creo!... toma! yo lo creo! lo mismo es verme entrar, que aquello es una algazara... «Ya está aqui Miquela!... Adios Miquela!...» y Miquela por arriba, y Miquela por abajo... me hacen charlar por los codos... yo les cuento todo lo que pasa en Florencia... (*Oyese un cañonazo.*)

Juliani. Silencio!

Jacobo. (*Que ha estado acomodándose su vestido, toma el sombrero.*) El cañonazo!...

Miquela. (*Asomándose á la ventana del foro.*) Y allí van ya los jueces del concurso, que se dirigen al palacio del gran duque.

Juliani. Aguardemos! dentro de una hora estará decidida mi suerte!

Jacobo. Yo voy allá.—Animo, señor Juliani... la corona será vuestra. (*Vase.*)

ESCENA II.

MIQUELA. JULIANI.

Miquela. Quién lo duda!... dentro de una hora toda Florencia celebrará vuestro triunfo, y vendrá á coronaros con el laurel de oro.

Juliani. (*Con tristeza.*) A mí!

Miquela. De seguro. El cuadro que habeis enviado al concurso es una obra maestra.—Ayer mismo, metiéndome yo entre la multitud que llenaba las galerías del palacio Pitti, ví un grupo inmenso agolpado delante de vuestro cuadro... me acerqué... y

todos decian: «Este descendimiento es magnífico!... qué verdad! qué vigor! qué riqueza de colorido!...»

Juliani. Eso decian!... ah! si fuera así!... (*Mirando al jardin.*) entonces ya podria aspirar... (*Aparte.*) Ah Estela!...

Miquela. No debeis dudarlo... cuando yo os digo... vaya! un cuadro como aquel!... en que os he servido yo de modelo para la figura de la Magdalena... estándome aqui inmovil tantas horas...

Juliani. Amable Miquela!... cómo podré pagaros tanta bondad!..

Miquela. Eh! no hablemos de eso. Yo lo he hecho con mucho gusto, y seguiré haciéndolo... Y ya se me olvidaba que á eso justamente venia. Vaya; me pongo de modelo?

Juliani. Ahora no... gracias, Miquela... en este momento me seria imposible trabajar... La incertidumbre... la esperanza... el temor...

Miquela. Qué temor! vamos, vamos, ánimo!

Juliani. Ah! Miquela!... vos ignorais que esa sentencia que van ahora á pronunciar, es para mí... (*con tono solemne.*) la vida ó la muerte!

Miquela. Virgen santa!... qué decís?

Juliani. No puedo... esta incertidumbre me mata... yo voy á saber...

Miquela. A dónde vais?

Juliani. (*Con resolucion.*) Al palacio! (*Vase precipitadamente.*)

ESCENA III.

MIQUELA, *sola*: *luego* VENETTI.

Miquela. (*Queriendo detenerle.*) Escuchad!... señor Juliani!... no me hace caso. Iba á proponerle el ir yo misma á informarme del resultado: porque al fin... no sabe una lo que puede suceder. El cuadro es soberbio... pero los jueces suelen equivocarse muchas veces sin querer... aun sin contar las veces que se equivocan queriendo; y en caso de una desgracia, yo le hubiera dado la noticia... asi... con ciertas

precauciones. Pobre joven! qué apasionado es de su arte, de la gloria... (*Suspirando.*) Ah no tiene otra pasion!—Ni siquiera echa de ver el amor que yo le tengo!—Mal haya la gloria! Yo no sé cómo pensarán las demas mugeres... pero lo que es yo, la detesto con todo mi corazon!... (*Quédase pensativa.*)

Venetti. (*Sale por el foro.*) Se puede entrar? (*Llegándose á Miquela.*) Se puede entrar?

Miquela. Ah! sois vos, señor Venetti?

Venetti. Yo mismo. Creia encontrar aqui al señor Juliani. Sabeis si ha concluido ya de restaurar aquel cuadro?

Miquela. (*Mostrándoselo.*) Miradlo.

Venetti. (*Acercándose á él.*) Cáspita! Magníficamente!... Cuerno! si está bien! Desafio yo al mas lince á que descubra la trampa! — Ay! ya respiro!—Figuraos que este es un cuadro de *Rubens*, en que aquel gran pintor se retrató á sí mismo, en el estudio de su discípulo Van-Dike... un cuadro que ha costado cuatro mil ducados...

Miquela. Cuatro mil ducados!...

Venetti. Andandico! Figuraos cómo me quedaria yo al ver que un maldito criado, á quien mandé que lo colgase en el gabinete de S. E., lo deja caer en el suelo y le abre un agujero tamaño!... Dios me libre de romperme una pierna! pero os aseguro que hubiera querido mejor...

Miquela. Romperos una pierna?

Venetti. No: que él se hubiera roto las dos, que no ver asi el cuadro.

Miquela. Ya!

Venetti. Pero en fin, gracias al pincel de vuestro huésped, todo se ha remediado. Cuidado si está bien! Y digo, sabeis que es hombre de habilidad!... Qué arcángel san Miguel tan hermoso!... Calla! se os parece en la cara! apostaré á que le habeis servido de modelo para pintarlo.

Miquela. Como que el señor Juliani no es rico, y los modelos ahora se hacen pagar muy caros.

Venetti. Ya! con ese modelo delante, quién no ha de estar inspirado!... vos sois capaz de infundir génio

al hombre mas tonto. Yo mismo, que en mi vida he tomado un pincel, asi que os miro, me siento capaz de pintaros...

Miquela. (*Con asombro.*) Eh?

Venetti. Mi pasion, con los colores mas vivos...

Miquela. Señor Venetti, me habeis ofrecido no hablarme de eso... (*Yéndose.*)

Venetti. (*Deteniéndola.*) Bien, no hablaré... callaré, ingrata! Pero algun dia os arrepentireis de haber dado la preferencia sobre mí á ese señorito Juliani...

Miquela. Qué estais diciendo?

Venetti. Oh! creeis que se me ha escapado? Tan afable con él, tan cariñosa...

Miquela. Eso es obligacion mia: él está de huésped en mi casa...

Venetti. Ay! Miquela! vos no sabeis lo que es casarse con un artista... y artista joven.

Miquela. Qué, seria mejor que fuera viejo?

Venetti. No: viejo no; pero... eh?... asi... como yo, verbi-gracia...

Miquela. (*Con ironía.*) Es verdad, vos no sois viejo.

Venetti. Cumplí los cuarenta y seis...

Miquela. Hará cosa de ocho años.

Venetti. Qué!

Miquela. Nadie lo diria, si no fuera por el reumatismo.

Venetti. (*Con misterio.*) Y habeis de saber que soy hombre rico... he hecho economías...

Miquela. Quién lo duda! Sois mayordomo!

Venetti. Y os traeré en dote un taleguillo... asi... regular...

Miquela. No será flojo.

Venetti. Es un taleguillo... es decir, un taleguito... en fin, un talego...

Miquela. Vamos, un talegazo. Pues os lo podeis guardar; porque yo si me caso ha de ser con un hombre que esté libre.

Venetti. Si no es mas que eso, me despediré de S. E.

Miquela. Y del reumatismo?

Venetti. Dale! Si aquello no fue nada... nada mas que un pasmo que tomé, de resultas de... os conta-

ré, Miquela, para que veais si tengo motivo de aborrecer á los artistas. A uno de esos entes le debo el dichoso reumatismo.

Miquela. Cómo?

Venetti. Ni mas ni menos. Habrá cosa de diez y ocho años que estaba yo al servicio del conde de Castelane, el cual se iba á casar con la hija del marques de Fieramonte...

Miquela. A quien servís ahora.

Venetti. Justamente.—El señor conde, que era entusiasta de las bellas artes, habia alojado en su casa á un joven pintor español de mucha habilidad, segun todos decian: pues bien, ese monstruo, valiéndose de su hermosa figura, sedujo á la hija del marques.

Miquela. Jesus!

Venetti. Mi amo el señor conde concibió sospechas, y una noche sorprendimos al seductor en el momento que iba á penetrar en el palacio del marques: le acometimos con valor...

Miquela. Dos contra uno...

Venetti. Qué dos! No señor, éramos tres... venia ademas otro criado. El pícaro del artista se defendia como un leon, y sabe Dios lo que hubiera sucedido, cuando de repente se aparece Mateo en su defensa.

Miquela. Mateo?

Venetti. Sí, un tunantuelo, criado en el palacio del marques, y que era el protector de aquellos amoríos. Como le ví sin armas, me arrojé sobre él...

Miquela. Con valor!

Venetti. Pero el maldito me quitó el puñal, me derribó en tierra de una puñada, diciéndome el muy desvergonzado que yo no era digno de una estocada, y arrastrándome hasta el pretil del puente, me agarra, y... pluf!... al rio... en el mes de diciembre! Salí con un pasmo, que ya, ya!

Miquela. Y luego el reumatismo.

Venetti. Cabalito!—Toma! y á no ser por unos pescadores, Dios sabe! Y el pobre conde!... allí quedó muerto, atravesado el pecho de parte á parte.—Se

hicieron mil pesquisas para encontrar al asesino del señor conde... y al mio; pero nada: el pintor y Mateo desaparecieron del mundo... porque hasta ahora...

Miquela. Y la hija del marques?

Venetti. La señorita Angela... Oh! amiga! en cuanto á eso, punto en boca. El marques de Fieramonte me llevó desde entonces á su servicio precisamente con la condicion de callar toda mi vida acerca de las consecuencias que tuvo aquella catástrofe; con que ya veis...

Miquela. (*Yéndose.*) Ya... entonces...

Venetti. (*Deteniéndola.*) Pero lo que no contaria por nada de este mundo á una persona estraña se lo contaria á mi esposa: con que, si teneis mucha curiosidad de saber...

Miquela. Ninguna, ninguna... yo no soy curiosa.

Venetti. (*Queriendo acariciarla.*) Ay! qué Miquela esta tan ingrata!

Miquela. (*Retirándose.*) Vaya, quereis que llame para que os lleven el cuadro?

Venetti. No, no... (*Tomando el cuadro.*) yo lo llevaré.—Ah! ya se me olvidaba. Mi amo me escribe desde el castillo que busque una muger de respeto, de formalidad, de buena conducta, y asi... de cierta edad...

Miquela. Vamos, una dueña. Y para qué quiere eso? Va á tomar aya á los sesenta años?

Venetti. Burlona!—Yo no sé qué será; pero me lo encarga con mucho interes y con mucha prisa.

Miquela. Calla! Me parece que os podré servir. La buena de Bárbara que ha educado á las dos hijas de la duquesa de Villabella.

Venetti. Pues bien, podeis proponérselo, y luego volveré á saber...

Miquela. Otro pretesto para volver!

Venetti. Tambien quereis privarme del placer de veros? Cruel!

ESCENA IV.

DICHOS. JULIANI.

Juliani. (*Fuera de sí.*) Saverino!... Saverino vencedor!...

Miquela. Cielos!

Juliani. (*Poniéndose entre los dos.*) A Saverino han proclamado... á ese intrigante, sin talento, sin imaginacion, sin alma... su cuadro ha sido coronado!...

Miquela. Es posible?...

Juliani. Sí; porque en la Venus de su cuadro ha retratado á Olivia la manceba del gran duque... Adulacion...

Miquela. Qué infamia!

Juliani. Oh! si lo es!... Han prostituido con esa vil adulacion el alto nombre de artista! (*Riendo de ira.*) Ah! ah! ah!... Saverino artista!... Saverino coronado!... Saverino vencedor!... es cosa de hacer añicos la paleta y los pinceles! (*Arrojándose á la mesa donde está la paleta.*)

Miquela. Dios mio!... (*Deteniéndolo.*)

Venetti. (*Deteniéndolo.*) Mozito, cachaza...

Juliani. No!... no!...

Venetti. Sois muy vivo!... un poco de calma...

Juliani. Dejadme!... ah! dejadme! (*Saca la daga y desgarra uno de los cuadros.*)

Miquela. Qué haceis!... (*Juliani se dirige al cuadro de Venetti, que este habia vuelto á dejar en una silla.*)

Venetti. (*Deteniéndolo.*) Ay! San Francisco!... mi cuadro!...

Juliani. Dejadme, os digo!

Venetti. No haré tal!... romped los vuestros enhorabuena... pero este!... Dios me libre!

Juliani. Marchad de aqui... ea!... pronto!

Venetti. (*Cogiendo el cuadro bajo el brazo.*) Al instantico... (*Juliani se dirige al cuadro del arcangel: Miquela va corriendo y se pone delante para defenderle.*)

Venetti. Vamonos, Miquela, que se ha vuelto loco...
Juliani. (*Yendo á él furioso.*) Largo!
Venetti. (*Echando á correr.*) Ay! San Antonio! (*Juliani arroja la daga sobre la mesa, y cae abatido en una silla.*)

ESCENA V.

JULIANI. MIQUELA.

Miquela. Vaya, señor Juliani, no hay que desconsolarse asi.
Juliani. Ah! Miquela!...
Miquela. Por Dios, un poco de serenidad. Otra vez sereis mas afortunado.
Juliani. Otra vez!... Sí, de aqui á tres años... cuando ya no sea tiempo. (*Mirando hácia el jardin.*) Miquela, dejadme... quiero... deseo estar solo.
Miquela. Solo?... pues! para que se lleve el diablo á mi arcangel san Miguel!... No, señor, no!... Miradle, miradle qué hermoso... y decidme si no seria una heregía tratarlo como habeis tratado ese pobre cuadro. Este san Miguel es lo mejor que hemos pintado!
Juliani. Y qué me importa ya, Miquela!
Miquela. Pues yo no me separo de su lado. Y vos, no me habeis dicho mil veces que para una alma de artista no hay penas que no desaparezcan durante la creacion de su obra? Pues bien, haced un esfuerzo... tomad los pinceles... trabajad...
Juliani. Yo!
Miquela. (*Presentándoselos.*) Sí, vos...
Juliani. (*Aparte.*) Qué idea! — Sí... teneis razon... dadme...
Miquela. Consentis?...
Juliani. Sí. (*Aparte.*) No tengo otro medio para alejarla de aqui.—Podeis ir á poneros el traje para servirme de modelo... y concluiremos el arcangel.
Miquela. Perfectamente!—Tomo tambien la espada y la rodela? (*Juliani pensativo no le responde.*) Señor Juliani!...
Juliani. Sí, sí... marchad... aqui os espero.

Miquela. Pues voy abajo, y al momento vuelvo á subir con los atavíos.—(*Aparte, yéndose.*) Ya se le ha pasado el arrebato... trabajando se acabará de serenar... Qué pasion tiene por la pintura!

ESCENA VI.

JULIANI, *solo.*

No hay que perder tiempo... mi sentencia está pronunciada!—Ah! sueños de amor y de gloria!... es así cómo debiais realizaros?—Ea! fuera debilidad! El momento que yo tenia previsto ha llegado... no hay ya que titubear. (*Yendo á la ventana que da al jardin.*) Pero á lo menos quiero darle el último adios... quiero que sepa que mi postrer suspiro era suyo. (*Toma un papel y escribe con lapiz.*) « Estela, he luchado sin tregua ni descanso por destruir el obstáculo que nos separaba: para poder elevarme hasta tí, he querido convertir mi nombre plebeyo y oscuro en un nombre ilustre y glorioso; pero la suerte me ha vencido; he sucumbido en la lucha, y voy á morir... Adios, noble señora... Estela mia, adios!... (*Escribe algunas palabras mas, dobla el papel y se dirige á la ventana.*) Ah!... sí, sí... ella es... se pasea tranquila por el jardin del convento! — Dios mio! yo os doy gracias por haberme concedido la dicha de morir á su vista! Estela!... (*Le tira el papel.—Abrese la puerta con misterio: aparece Mateo examinando la habitacion.*) Estela!... adios para siempre! (*Va á tomar la daga. Mateo se precipita hácia la mesa y se la quita.*)

ESCENA VII.

MATEO, JULIANI.

Mateo. Con permiso... Despues que á mí me sirva, teneis tiempo...

Juliani. Qué significa esto?...

Mateo. (*Prestando el oido hácia la puerta.*) Chit!... Para mataros lo mismo es ahora que luego... si te-

neis hecha intencion no os faltarán instrumentos... pero yo por el contrario, he hecho intencion de vivir... y no tengo mas que vuestra daga para defender mi vida... con que hacedme el favor...

Juliani. Pero quién sois?

Mateo. Y eso qué os importa?

Juliani. Pero...

Mateo. Os pregunto yo á vos quién sois?

Juliani. Es que...

Mateo. Silencio!... creo que suben! (*Va á la puerta.*) No... nadie viene... Si no me habrán visto entrar aqui?... Condenados esbirros!

Juliani. Los esbirros?

Mateo. (*Sin hacer caso de Juliani.*) En cuanto al otro... al tunante del mayordomo... por ahora le he puesto fuera de combate... antes que le saquen de entre los peces del rio tendré tiempo...

Juliani. Con que os persigue la justicia?

Mateo. Precisamente... pero no creais de mí... soy un hombre de bien... un cofrade vuestro. (*Indicando los cuadros para decir que es pintor.*)

Juliani. Un artista?

Mateo. Sí... (*Yendo y viniendo en continua agitacion.*)

Juliani. Y qué causa?...

Mateo. Salvadme primero, y despues os lo contaré todo.—Escuchad! (*Corre á la ventana que da á la calle.*) Una multitud de gente se ha agolpado á la puerta. Curiosos! Los esbirros entran. (*Cierra la puerta.*) Ah! no caeré vivo en sus manos. (*Blandiendo la daga.*)

ESCENA VIII.

DICHOS. MIQUELA.

(*Miquela trae una coraza encima de su vestido; en la cabeza un casco de plumas, y una espada muy larga en la mano.*)

Miquela. (*Dando un grito de sorpresa.*) Ay!

Mateo. No os asusteis, señora, nada temais... soy un

amigo del señor... (*Aparte á Juliani.*) Decidle, por Dios, que soy un amigo.

Miquela. (*Asustada.*) Un... un amigo?...

Juliani. Sí, Miquela, sí...

Mateo. (*Recorriendo con la vista el cuarto, ve la barba postiza de Jacobo, la toma y se la pone.*) Oh! qué felicidad!— Pronto... dadme ese birrete... ese gaban...

Juliani. Qué vais á hacer?

Mateo. (*Vistiéndose apresurado.*) No os he dicho que soy un cofrade vuestro?... ahora vereis como es verdad.—Que vengan... á ver si reconocen en esta facha á...

Juliani. A quién?

Mateo. A quién?... (*Tomando la paleta y los pinceles.*) Señora, tened entendido que por ahora soy un pintor holandés... el señor Van-Brick... Van-Brock... como querais.—Chit! ya los oigo! Cuidado! Ea, san Miguel arcangel, á su puesto. (*La hace subir en una tarima que hay junto al caballete.*) Eh! no tembleis asi! No veis que yo no tiemblo? (*Llaman á la puerta del foro.*)

ESCENA IX.

DICHOS.—BONESCO. ESBIRROS.

Bonesco. (*Dentro.*) Abrid á la justicia.

Mateo. (*En alta voz á Juliani.*) Abrid á la justicia.

Bonesco. (*A los esbirros.*) Registrad toda la casa... buscadlo y traedmelo muerto ó vivo para que yo le interrogue.

Juliani. (*Observando con inquietud las pinceladas de Mateo.*) Cuidado... que no es ese el color!...

Mateo. No tengais miedo. (*Aparte.*) Pues para pintor de muestras no lo hago tan mal: me siento inspirado!

Bonesco. (*Bajando al proscenio.*) Veamos qué gente hay aqui. (*A Miquela poniéndose los anteojos.*) Quién sois vos? (*Se acerca á ella. Miquela le aparta con la espada, él retrocede asustado.*) Hola!... gente armada! (*Llamando.*) Muchachos!

Miquela. No os pongais delante, señor Bonesco.

Bonesco. (*Alza la cabeza y reconoce á Miquela.*) Ah! sois vos, señora Miquela. (*Mirando al rededor.*) Ya... ya caigo! es vuestra casa... (*A Juliani.*) servidor.., perdonad; como vi esa espada tan enorme... y luego, ya se ve, como vengo algo turbado. (*Lo escudriña todo con la vista: dirígese á la puerta de la izquierda y hace entrar por ella algunos esbirros.*)

Juliani. (*Aparte á Mateo deteniéndole el brazo.*) Qué vais á hacer? no toqueis á la cara por Dios!

Mateo. Pues me parece que un poco de vermellon en las megillas no le estaria mal.

Juliani. No hagais tal por Cristo bendito! Pintad en el casco... en la espada...

Mateo. Corriente. Oh! cascos... espadas... eso lo pinto yo á las mil maravillas! (*Aparte.*) Pocas muestras de espadero habré yo pintado!

Juliani. (*Aparte.*) Vamos, es algun pintor de batallas.

Bonesco. (*A los esbirros que salen por el foro.*) Es cosa inaudita! pues si le hemos visto entrar en esta casa...

Miquela. A quién?

Bonesco. A un pícaro asesino que venimos persiguiendo.

Juliani y Miquela. Un asesino!...

Mateo. (*Aparte á Juliani.*) Mentira: no lo creais.— (*A Miquela que se estremece.*) Eh! qué es eso?... firme esa espada... no hay que moverla asi.

Juliani. (*A Bonesco.*) Con que deciais...

Bonesco. Pues, que venimos tras de un bribon que al pasar por el puente de san Juan ha agarrado al mayordomo del señor marques de Fieramonte y lo ha echado al rio.

Miquela. Calla!... al señor Venetti?

Bonesco. Yo mismo le he visto al pobre... (*Manotea como el que se ahoga.*)

Miquela. (*Se echa á reir.*) Ah, ah, ah, ah...

Bonesco. Y os reis, señora? Sabeis que con el frio que hace le puede costar el pellejo.

Miquela. No hay miedo! El señor Venetti está acostumbrado á tomar baños en el rio.

Bonesco. En diciembre?

Miquela. Precisamente: toma uno cada diez y ocho años.

Mateo. (*Aparte admirado.*) Qué es lo que dice!

Miquela. Ya vereis como no le resulta mas que un pasmo; (*Aparte.*) y serán dos.

Bonesco. Dios lo quiera!— Ahi le hemos traido á la enfermeria de ese convento del lado, donde le están asistiendo mientras nosotros buscamos al agresor. (*A Juliani.*) Quién es ese estrangero?

Juliani. Un pintor holandes. El señor Van... Brick. (*A un tiempo con los dos siguientes.*)

Miquela. Brock.

Bonesco. Qué?

Mateo. (*Interrumpiéndolos.*) Perdonad, caballero, si no interrumpo mi tarea para ofrecerme á vuestro mandato; pero la obra que tengo ahora entre manos reclama toda mi atencion... estoy aqui en un empeño peliagudo... y para salir adelante necesito mucho pulso.

Bonesco. Ya me hago cargo. Continuad, continuad... no trato de interrumpiros. (*A los esbirros que salen por la izquierda.*) Y qué? no hay nadie?—Pues señor, es pleito perdido!—Seguidme: vamos á interrogar al señor Venetti, que nos dará las señas fijas.

Mateo. Perdonad si no voy á despediros, caballero.

Bonesco. No os incomodeis.—Eh! andando.

ESCENA X.

JULIANI. MATEO. MIQUELA.

Mateo. (*Tirando la barba y los pinceles, y quitándose el gaban.*) Gracias á Dios!

Miquela. (*Bajando de la tarima.*) Uf! (*Se quita el casco y la coraza.*)

Juliani. Ya que estamos solos, espero que nos conteis...

Mateo. Es muy justo. Sí señor, en agradecimiento de vuestra generosa hospitalidad, os diré con franqueza

quién soy y lo que he sido; pues para justificar lo que acabo de hacer con Venetti, necesito hablaros de fecha muy larga.

Miquela. (*Con curiosidad.*) No importa, no importa. (*Aparte.*) Si será esto lo que me contó Venetti?

Mateo. Tenia yo apenas seis años, cuando vagando un dia por Florencia, solo, abandonado, muerto de hambre, una joven hermosa, noble y rica se compadeció de mí; y gracias á la señora Angela, encontré un asilo en el palacio de su padre.

Miquela. (*Admirada.*) Angela!

Mateo. Perdonad... he pronunciado un nombre que despierta en mi corazon recuerdos tan dolorosos!—Pues señor, quince años transcurrieron, y durante estos quince años no pasó un solo dia en que la señora no hiciese un beneficio á este pobre huérfano... y yo, que anhelaba una ocasion de dar mi vida por aquel angel que me la habia conservado, no hacia mas que rogar á Dios que me la deparase... al fin se presentó... pero no fue Dios... fue el infierno sin duda! (*Guarda un momento de silencio.*)

Juliani. Proseguid.

Mateo. Durante una ausencia de su padre, la señora Angela se habia casado de secreto con un estrangero, artista como vos.

Juliani. Con un artista!

Miquela. (*Mirándole con asombro.*) Ah! —(*Aparte.*) Es la misma historia!

Mateo. Yo conocia que aquel enlace habia de ser funesto para ella, y habia procurado disuadirla; pero ella me dijo: «yo le amo, y me muero si no soy su esposa.» Con esto ya no pensé mas que en velar por ellos para evitar el peligro que les amenazaba. La suerte burló mis esfuerzos: una noche nos sorprendió el que debia casarse con la señora, un noble de Florencia, y nos acometió con varios de sus criados; pero cayó muerto de una estocada que le dió su rival... á quien yo logré por fin libertar del puñal de los asesinos.

Miquela. (*Aparte.*) No hay duda, él es!

Mateo. El padre de la señora fue inflexible á su llan-

to, y la encerró en un convento, mientras que su esposo José Rivera...

Juliani. Rivera!

Mateo. Fue sentenciado á muerte por haber quitado la vida al descendiente de una familia poderosa. (*Vuelve á guardar silencio.*)

Juliani. Y vos?

Mateo. Yo? Solo un medio me quedaba de mostrar mi gratitud á la señora: unir mi suerte á la del desgraciado y fugitivo artista: asi lo hice. Juré consagrarle mi vida... y he cumplido mi juramento.

Juliani. (*Apretándole la mano.*) Bien! bien!

Miquela. (*Enternecida.*) Oh! sí... muy bien!

Mateo. Anduvimos mucho tiempo errantes al rededor de Florencia; pero nos vimos tan perseguidos, tan espuestos, que al fin tuvimos que partir... con el corazon traspasado por una carta de la señora, que recibimos en aquellos momentos... y fue la última!

Miquela. Ah! infeliz!

Mateo. Sí, la última!—Murió dando á luz una niña, que estábamos pensando cómo sacar de poder de nuestros enemigos, cuando descubrieron nuestro paradero. Abandonamos la Toscana... y una fatalidad incomprensible nos ha tenido lejos de ella tantos años!

Juliani. (*Aparte mirando al jardin.*) Ah! Estela: será esa mi suerte!

Mateo. (*Apresurando la narracion.*) En fin, despues de mil correrias, de mil aventuras que es inútil referir, naufragamos en las costas de América. Alli mi amo, quebrantado de tantas desgracias, sufrió una enfermedad que le puso á las puertas de la muerte... y si no hubiera sido por mí, Dios sabe!... pero yo, á fuerza de moler colores, de prepararle la paleta... habia adquirido ciertas nociones en el arte... (*A Juliani.*) Ya habeis visto ahora poco una leve muestra de mi habilidad... (*Juliani pensativo no le responde.*)

Miquela. Ya, ya comprendo ahora...

Mateo. (*Recobrando su natural desenfado.*) Pues eso

me valió para poder mantener á mi amo. Yo he pintado cuantas muestras de tiendas, cuantas puertas y ventanas hay en toda la América del Sur.

Miquela. Muestras de tiendas!... misericordia!... de la que ha escapado nuestro arcangel san Miguel! (*Juliani se ha ido á la ventana del jardin.*)

Mateo. Oh! tambien he pintado algunas decoraciones para teatros... esto me aficionó á la carrera dramática, y me hice cómico. No me salió mal; y despues de seis años de triunfos y aplausos escénicos, me hallé con algunos ahorros que invertí en pagar el pasage de mi amo y el mio á bordo de una fragata que nos desembarcó en Valencia hace tres meses. Allí mi amo se encontró con una herencia bastante considerable de un tio suyo que acababa de morir.

Miquela. Qué fortuna!

Mateo. Y ya adivinareis lo que nos ha hecho volver á Florencia: yo queria venir solo; pero mi amo, á pesar de lo acabado que está, á pesar de la sentencia de muerte que hay aqui contra él, se ha empeñado en seguirme.

Miquela. Ya!... Como que es padre!

Mateo. Pero el diablo hizo que apenas llegase me encontrara de manos á boca con ese Venetti: él al momento me conoció, y sospechando que yo no venia solo á Florencia, el tunante me amenazó con hacerme encerrar en un calabozo donde el tormento me obligaria á descubrir el paradero de mi amo. Ya se iba juntando gente... y yo, ciego de cólera, le agarré, y...

Miquela. Y para que no os soplase en el calabozo, le soplasteis á él en el rio. Perfectamente! yo, en vuestro caso, hubiera hecho lo mismo, señor Mateo!

Mateo. (*Asombrado.*) Mateo!... Cómo sabeis?...

Miquela. Lo sé, lo sé... sois un escelente sugeto, y Dios es justo, y os hará salir con vuestra empresa. Si necesitais qee os ayude... me llamo Miquela... esta casa es mia... y ella y yo estamos á vuestra disposicion.

Mateo. (*Apretándole la mano.*) Acepto!

Miquela. (*Mostrando á Juliani que ha vuelto á su lado.*) Y aquí está el señor Juliani, que tambien estoy segura... Calla! en qué está pensando? (*Yendo hácia él.*)

Mateo. (*Aparte á Miquela.*) Me parece que lo adivino... y si le estimais, dejadnos solos un momento.

Miquela. Qué quereis decir?... qué peligro le amenaza?

Mateo. Marchaos.

Miquela. Bien, me voy. (*Mirando á Juliani con inquietud.*) Pero... (*A Mateo.*) me prometeis?... (*Mateo le hace seña de que se vaya.*) Me voy, me voy. (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA XI.

JULIANI. MATEO.

Mateo. (*Dándole en el hombro.*) Con que... ya sabeis quién soy yo: á fuer de agradecido, nada os he ocultado; os he descubierto un secreto que os hace dueño de mi vida.

Juliani. (*Dándole la mano.*) Y qué!

Mateo. Oh! estoy tranquilo respecto á mí... El temor que tengo es por vos.

Juliani. (*Mirando al rededor.*) Chit!

Mateo. No temais: estamos solos. (*Con cordialidad.*) Señor Juliani, no me revelareis en cambio el secreto de vuestro dolor? Vos os queriais matar?

Juliani. Es cierto!

Mateo. Y por qué? A vuestra edad, hay razon para desesperar asi del porvenir?

Juliani. El porvenir!... ah! demasiado claro lo veo! vos mismo me lo habeis enseñado!

Mateo. Yo!

Juliani. Sí; á mí me esperaba la proscricion, la miseria... y á ella la muerte!

Mateo. A ella!... desgraciado! qué decís!... tambien vos?

Juliani. Sí, tambien yo amo á una joven rica y noble.

Mateo. Su nombre?

Juliani. Estela.

Mateo. Quiénes son sus padres?

Juliani. Lo ignoro... y ella tambien lo ignora; pero pertenece sin duda á una casa ilustre, porque en el convento de santa Rosalía, que es ese; (*Señalando la ventana del jardin.*) no se admiten mas que jóvenes de las primeras familias de Florencia.

Mateo. Es verdad.

Juliani. (*Con desesperacion.*) Ya veis que no puede ser mia. Adios, pues, dejadme... porque la he escrito á Estela que iba á morir, y seria un cobarde si... (*Un ramillete, tirado desde el jardin, entra por la ventana, y viene á caer á sus pies.—Empieza á oscurecer.*)

Mateo. Qué es esto!... (*Corre á la ventana.*) No veo á nadie!

Juliani. (*Levantando el ramillete y hallando un papel que venia atado á él.*) Un papel!... ah! suyo es sin duda!

Mateo. Leed!

Juliani. (*Dudando.*) Ah! no sé qué haga: si lo leo no voy á tener valor para cumplir mi resolucion... y es preciso.

Mateo. (*Tomando el papel.*) Es preciso! lo que es preciso es leerlo. (*Lee.*) «Vivid...» Es claro! las mugeres tienen en estos casos mas juicio que nosotros. (*Sigue leyendo.*) «En nombre del cielo, vivid, vivid para mí!» — Lo habeis oido?... Pues aun hay mas; escuchad. (*Lee para sí.*) Dios mio! qué he leido!... será posible!...

Juliani. Qué es eso?

Mateo. (*Balbuciendo de gozo.*) Qué ha de ser! que... la que... yo... (*Quiere leer, y su conmocion no se lo permite.*) Vamos, tomad, leed vos, porque yo... (*Corre á la ventana.*)

Juliani. (*Leyendo.*) «Acabo de encontrarme en mi celda, sin saber cómo, una carta de mi madre, que debia entregárseme el dia que cumpliese yo diez y ocho años, y en la cual se me descubre el secreto de mi nacimiento. Mi madre era hija del marques de Fieramonte; mi padre un español llamado José Rivera.» (*Interrumpiéndose.*) Rivera! el gran pintor!

Mateo. (*Loco de gozo.*) Sí, Rivera, el sublime artista! á quien llamamos en Italia el *Espagnoletto.* Rivera, mi amo, mi amigo! Comprendeis ahora mi gozo?... su hija está aqui... tan cerca... su hija... su tesoro!... y vos la amais, y ella os ama... Oh! qué dicha! ahora sí que estoy seguro de triunfar! (*Se abraza al cuello de Juliani.*)

Juliani. Cómo! esplicaos.

Mateo. Sí, sí, esto requiere calma, y yo estoy haciendo locuras como un chiquillo!—Con que está en ese convento? pues bien, la robaremos, se la entregaremos á su padre, marcharemos juntos á España, y os casareis con ella.

Juliani. Yo!

Mateo. (*Riendo.*) A menos que os empeñeis absolutamente en... (*Haciendo ademan de darse de puñaladas.*) porque entonces...

Juliani. Cómo! si me ofreceis la felicidad.

Mateo. Hola! con que no hice tan mal en deteneros?

Juliani. (*Apretándole las manos.*) Ah! me habeis salvado la vida dos veces; sí dos veces.

Mateo. Bien; sean ciento, si quereis; pero no hablemos mas de eso. Ademas, que el bien no ha sido solamente para vos.

Juliani. Pues cómo?

Mateo. Cuando nos dirigíamos á Florencia el señor Rivera y yo, traíamos por el camino unas dudas crueles. Supongamos, decia yo, que logremos penetrar á donde está la niña: querrá ella abandonar el sitio donde ha nacido, renunciar al regalo, al brillo de su elevada fortuna? no es de temer que no hallen eco en su corazon las instancias de un padre, desconocido para ella, y de quien sin duda no habrá oido nunca hablar sino con horror y desprecio.

Juliani. Entonces el señor Rivera podria reclamar el apoyo de las leyes.

Mateo. Qué leyes!... pues no os he dicho que está proscrito, sentenciado á muerte?—Nada, nada: la cosa depende de su hija y de vos.

Juliani. De mí!

Mateo. Seguramente. Ella os ama; y si las súplicas

de un padre y de un amigo no bastasen, las vuestras acabarian de decidirla. Con que, ya lo veis, ha sido una felicidad para todos que yo os haya encontrado, y os haya impedido el...—Lo dicho: respondo del éxito: llegaremos á hablarla.

Juliani. Y cómo?

Mateo. Cómo, cómo! qué sé yo cómo!... pero Mateo no ofrece nunca una cosa que no cumpla... rarezas de mi genio! (*Va á ponerse la barba, el gaban y el birrete.*) Ya está anocheciendo... vamos, seguidme.

Juliani. A dónde?

Mateo. A ver á su padre.

Juliani. A su padre?... y consentirá?

Mateo. Pues no ha de consentir! un yerno artista!

Juliani. Vamos, vamos.

ESCENA XII.

Dichos.—MIQUELA, *con luz.*

Mateo. (*Tomándola del brazo y trayéndola al proscenio.*) Eh! Señora.

Miquela. Qué hay?... como ya es de noche, traia luz.

Mateo. Muchas gracias.—(*Con gravedad.*) Señora Miquela!

Miquela. (*Con gravedad.*) Señor Mateo!

Mateo. Chist... no tan alto.—Os acordais que me habeis ofrecido vuestro auxilio?

Miquela. Es cierto.

Mateo. Tambien el señor Juliani me ha ofrecido el suyo. Y me prometeis... celo?

Miquela. Sí, señor.

Mateo. Fidelidad?

Miquela. Sí, señor.

Mateo. Prudencia?

Miquela. Sí, señor.

Mateo. Y punto en boca?

Miquela. (*Maquinalmente.*) Sí, se...—Qué?

Mateo. Punto en boca?

Miquela. Eso por supuesto.

Mateo. Bien. Decidme: teneis entrada en ese convento del lado?

Miquela. A toda hora.

Mateo. Perfectamente.

Miquela. Y para qué?

Mateo. (*Poniéndose el dedo en los labios.*) Y punto en boca?—(*A Juliani, que se ha puesto la capa.*) Vamos.

Miquela. A dónde vais?

Mateo. (*Con el mismo ademan.*) Y punto en boca?

Miquela. Pero, señor...

Mateo. Buenas noches. (*Hace seña á Juliani, y se dirigen á la puerta. Al ir á salir, Mateo se vuelve, mira á Miquela, y repite el ademan.*)

Miquela. (*Haciéndole una cortesía.*) Y punto en boca!

ACTO SEGUNDO.

Una sala del convento de santa Rosalía. Puerta en el foro, y ventanas de vidrios que dan al jardin. Puertas laterales que comunican á lo interior. Un sillon á la derecha: otro sillon y una mesa á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

ESTELA, *sola, sentada á la derecha.*

(*Se enjuga las lágrimas, y despues de un momento de silencio continua leyendo una carta.*)

«Ya que sabes, hija mia, el secreto de mi vida y la causa de mi dolor, si mi muerte no ha desarmado la cólera de tu familia, perdóname, Estela querida, perdóname las penas y los tormentos que tu madre haya podido atraer sobre tí, y no me maldigas.»—Oh madre mia!—«Adios, Estela, adios, hija de mi corazon!... Voy á morir... no puedo mas... Adios!»—Pobre madre mia!—(*Mirando otra carta.*) Y esta otra es de mi padre...

ESCENA II.

ESTELA. VENETTI.

Venetti. (*Sale por la derecha, y va á mirar por la puerta del foro.*) Pero, señor... vaya!

Estela. (*Guardando las cartas.*) Cielos!

Venetti. No se almuerza en esta santa casa? (*Va hácia la puerta de la izquierda.*)

Estela. (*Mirándolo.*) Si no me engaño, yo he visto á este hombre... es el que acompaña al marques de Fieramonte siempre que viene aqui.

Venetti. (*Viéndola.*) Ah, ah! gracias á Dios que encuentro... es una pensionista... Pero, calla! es la señora Estela. Vamos, Dios ponga tiento en mi lengua...

Estela. (*Aparte.*) Qué traerá? Si se irán á realizar los temores de mi pobre madre!

Venetti. (*Aparte.*) No olvidemos que se me ha prohibido expresamente decir delante de ella nada que pueda hacerle sospechar el secreto que el señor marques quiere revelarla por su propia boca.—Perdonad, señora, desearia saber... porque, ya se ve... son las diez de la mañana, hora en que allá en casa de mi amo acostumbramos...

Estela. En casa del marques de Fieramonte?

Venetti. (*Aparte.*) Ay! que me ha conocido!—Pues; yo soy su mayordomo...

Estela. Y él os envia... Habeis venido hoy?

Venetti. No, señora: vine ayer... es decir, no vine... me trajeron... ahí, á ese departamento, (*Señala á la derecha.*) que es donde se recibe á los peregrinos, á los pobres caminantes, y á los seres que padecen y reclaman pronto socorro... (*Tambaleándose.*) y ya veis...

Estela. (*Acercándole una silla.*) Os sentís malo?

Venetti. Muy malo! Siento aqui... un gran vacío, una profunda debilidad... aqui, en la region estomacal. Y no es estraño: desde ayer no he tomado mas que... un baño, un baño frio... y mucha agua, mucha cantidad de agua... de manera, que si tarda el almuerzo un cuarto de hora mas...

Estela. El almuerzo! Olvidais que hoy es dia de ayuno?

Venetti. (*Levantándose.*) De ayuno? (*Volviendo á dejarse caer.*) De ayuno!!...

Estela. Sin duda: hoy es dia de noche-buena.

Venetti. (*Con desconsuelo.*) Es verdad!... sí, ya no me acordaba! Y fué cosa que me ocurrió ayer dentro del rio: sí, cuando yo estaba... (*Hace ademan de nadar.*) decia entre mí: (*Tiritando de frio.*) debemos estar cerca de noche-buena!

Estela. (*Aparte.*) Ah! si yo le pudiese sonsacar!... quizá este sepa los proyectos...

Venetti. Y no creeis que con un pobre enfermo se podria infringir la regla?... Aunque no fuese mas que un torreznito...

Estela. Pero si ya falta poco para medio-dia...

Venetti. Falta poco! Vaya, eso me consuela.—Pero si entretanto pudiérais darme algunas gotas de aquella bebida que tomé ayer y me pusieron tan aliviado...

Estela. Esperad. Debe estar ahí en la enfermeria... yo conozco el frasco.

Venetti. Dios os lo pague.

Estela. Esperad, esperad. (*Vase por la derecha.*)

Venetti. Es un ángel esta muchacha! tan hermosa y tan caritativa como su madre. Yo no sé por qué el señor marques se muestra tan rigoroso con ella... Y algun proyecto trae él entre manos... harto será que no la esté negociando un matrimonio con algun gran señor... (*Mateo, Juliani, la superiora y algunas religiosas atraviesan por el jardin en conversacion.*)

Mateo. Yo tendré mucho gusto en ello, madre superiora... (*Desaparecen.*)

Venetti. (*Se estremece, y presta el oido, lleno de terror.*) Ay! Dios mio!... qué voz! se me ha figurado... (*Mirando al rededor.*) No hay nadie: el hambre me hace ver visiones!

Estela. (*Saliendo con un frasquito.*) Tomad, tomad. (*Se le da.*)

Venetti. Ay! muchas gracias! muchas gracias!... (*Lo destapa y bebe unas gotas.*) muchas gracias!

Estela. Esto os dará fuerzas para que podais volveros á donde se halle vuestro amo... (*Con intencion y observándolo.*) que sin duda estará con cuidado.

Venetti. Qué! no tal. El señor marques no sabe mi aventura... está ausente de Florencia.

Estela. Ausente? y... por mucho tiempo?

Venetti. (*Bebiendo.*) Pi! Eso depende... (*Aparte.*) le encuentro un gustillo á...

Estela. Y cómo no ha llevado en su compañia á una persona como vos, que posee su confianza, que le sirve hace tanto tiempo?... diez años lo menos.

Venetti. Diez años?... muchos mas.

Estela. Muchos mas? Entonces habreis conocido á la señora Angela?

Venetti. (*Admirado.*) A la señora Angela!

Estela. Sí: su hija.

Venetti. (*Asustado, guardándose el frasco.*) Su... Quién os lo ha contado? Cuidado, que no he sido yo.

Estela. Ciertamente; no habeis sido vos.—Pero decidme, con que la habeis conocido? habeis conocido á mi madre?

Venetti. (*Levantándose, mas asustado.*) Su madre!... Cómo!... ya lo sabe! Ay, Dios mio!... Con que, sabeis... sabeis que vos habeis tenido madre?... Y cómo, cómo... quién os lo ha dicho?

Estela. Ah! señor... por favor, habladme, habladme de mi madre.

Venetti. (*Retirándose.*) Yo! Dios me libre. Solo con oiros me estoy ya comprometiendo espantosamente.

Estela. (*Deteniendolo.*) Esperad! escuchadme!... qué podeis temer?... Ah! doleos de mis ruegos! oiga yo hablar de mi madre por la primera vez!

Venetti. Es imposible, señora!

Estela. Pues bien, habladme de él, de mi padre.

Venetti. (*Mas asustado, dejándose caer en la silla.*) Huy!

Estela. De José Rivera.

Venetti. Santo Dios! Estoy perdido!... todo está perdido. Qué pensará de mí el señor marques?—Señora, decidme, por el amor de Dios, sin duda vos estábais delante ayer cuando me trajeron aquí, no es verdad? y con el aturdimiento se me escaparia alguna barbaridad? Pues nada, no hagais caso... y creedme; la verdad es que vos no habeis tenido tal madre...

Estela. Vuelvo á deciros que no os asusteis... Esto que os cuento no lo he sabido por vos, sino por otro conducto.

Venetti. Por otro!... (*Aparte.*) Ay, Dios mio! Ese pícaro de Mateo habrá logrado ya hablarla...—Y quién, señora, quién os ha revelado ese secreto?

Estela. Mi propia madre.

Venetti. (*Aterrado, mirando al derredor.*) Vuestra madre!... La difunta ha venido á contaros... (*Fro-*

tándose los ojos.) Vaya! esto es que no se me ha quitado la calentura y tengo pesadilla...

Estela. No; pero he recibido una carta que á la hora de la muerte dejó á una persona de su confianza para que me la entregara...

Venetti. (*Volviendo en sí.*) Ah! eso es otra cosa.—Ya decia yo! Cómo habia de ser la difunta! (*Aparte.*) Y mi amo que no sabe nada de esto...

Estela. Con que, ya veis que no hay peligro en que me digais...

ESCENA III.

DICHOS. MIQUELA.

Miquela. (*Saliendo por el foro.*) Señorita... (*Viendo á Venetti.*) Hola! El señor Venetti por aquí! (*Aparte.*) Qué contratiempo! Cómo podré advertirla?... (*Estela al ver á Miquela pasa á la derecha y se pone á leer de nuevo sus cartas.*)

Venetti. Pues qué, no habeis sabido?...

Miquela. Sí tal; pero... yo...

Venetti. Pues sí, hija mia, ayer, apenas salí de vuestra casa... (*En voz baja.*) y fué el mismo de la otra vez... Mateo.

Miquela. Qué disparate!

Venetti. Le conocí perfectamente... ha vuelto á Florencia.

Miquela. De veras? Pues entonces os aconsejo que aprendais á nadar.

Venetti. Eso es! bromitas!—Pues ya tuve ayer que valerme... (*Hace ademan de nadar.*)

Miquela. Bravo! á la tercera vez que os eche al rio salís hecho un profesor. (*Dos pensionistas salen y se dirigen á Estela.*)

Venetti. Pues cuidado conmigo! porque le tengo unas ganas desde ayer...

Miquela. Vaya!... y yo creí que el fresco templaba la cólera!...

Venetti. Dale con las bromas!—Ah! y habeis hecho mi encargo? aquella dueña que os dije...

Miquela. Sí: ya he estado en casa de la duquesa... (*Siguen hablando.*)

Pensionista 1.ª (*A Estela.*) Sí, Estela... un pintor holandés, el señor Van-Brock... ahora está viendo los cuadros de la capilla.

Pensionista 2.ª Y le ha ofrecido á la madre superiora hacerle una santa Rosalía para su oratorio.

Pensionista 1.ª Vén, Estela, ven... verás qué facha tiene...

Pensionista 2.ª Y verás un joven muy guapo que le acompaña... ven...

Estela. No: mejor quiero estarme aquí...

Pensionista 1.ª (*Mirando al foro.*) Mira, mira; ya salen de la capilla.

Estela. No importa. (*Quédase pensativa, en tanto que sus dos compañeras se dirigen al foro.*)

Venetti. (*A Miquela.*) Marcharme?... imposible! si no puedo tenerme en pie!—Y yo necesito tomar un caballo y correr á contar á mi amo que está aquí Mateo, pero hasta que me refuerce un poco...

Miquela. Y por qué no pedís algo... ya es cerca de medio dia... vereis como yo llamo... (*Tira de una cuerda que hay junto á la puerta de la derecha y suena una campana.*) Tres campanadas y vendrán... (*Viendo á Mateo que aparece frente á la puerta del foro.*) Ay! que viene allí Mateo! (*A Venetti, indicándole la puerta de la derecha.*) Mirad! ya creo que viene allí la hermana Jacinta con unas viandas...

Venetti. (*Levantándose.*) Sí? Bendito sea Dios!

Mateo. (*Desde el jardin.*) Vamos donde gusteis.

Venetti. (*Se detiene temblando.*) Ay! otra vez!

Miquela. Qué es eso?

Venetti. La misma voz! la voz de Mateo! (*Quiere volverse á mirar.*)

Miquela. (*Llevándoselo.*) Estais soñando?

Venetti. No; no está... soy un tonto!

Miquela. Quién lo duda!

Venetti. (*Deteniéndose otra vez, y queriendo volver á tiempo que Mateo entra en la sala.*) Pero...

Miquela. (*Empujándolo adentro.*) Vamos adentro! (*Entrase con él.*)

ESCENA IV.

ESTELA. MATEO. LA SUPERIORA. RELIGIOSAS *y* PENSIONISTAS.

Superiora. A ver esta sala: os parece que tiene buena luz?

Mateo. Soberbia! no puede ser mas á propósito; y en cuanto mi compañero llegue con el lienzo y demas adminículos que ha ido á buscar, pondré manos á la obra. En cuanto al modelo... (*Mirando á las pensionistas.*) Vos me habeis autorizado...

Superiora. Sí tal: y la que elija el señor Van-Brock tendrá motivo para envanecerse de semejante preferencia. (*A las pensionistas que cuchichean entre sí.*) Vamos, acérquense.

Mateo. (*Aparte.*) Y este Juliani que no viene! cómo sabré yo cuál es?

Superiora. (*A Mateo.*) Vaya, señor Van-Brock. (*Mateo las saluda una por una para ganar tiempo. La superiora llama á Estela y á las otras dos, que se habian quedado separadas.*) Niñas, aquí.

Pensionista 1.ª (*A Estela.*) Vamos. (*Se acercan poco á poco.*)

Mateo. (*Aparte.*) Cuál será? vaya un apuro! (*Viendo á Estela.*) Cielos! esa cara! esos ojos! ah! esa, esa!...

Superiora. (*A Estela.*) Vaya, Estela, acercaos...

Mateo. (*Aparte.*) Estela! oh! bien me lo ha dicho el corazon! sí! ella es... la misma! todo el aire, todo el rostro angelical de su madre! ah! me parece que la estoy viendo!

Superiora. (*Notando su conmocion.*) Qué teneis?

Mateo. Nada, señora, nada... el cansancio del viage...

Superiora. Pronto, una silla.

Mateo. Gracias, no es tanto que me impida empezar la obra... con que si no tiene inconveniente la señorita...

Superiora. Estela,

Mateo. ...la señorita Estela, podemos... (*Viendo entrar á Juliani y Jacobo, con lienzo, caballete, &c.*) justamente; ya estan aqui los trebejos.

ESCENA V.

DICHOS.—JULIANI. JACOBO. MIQUELA.

Miquela. (*Aparte.*) Ya tiene almuerzo para una hora: aprovechemos...

Jacobo. Dónde se pone esto?

Mateo. (*Señalando la izquierda.*) Aqui.

Jacobo. (*A Miquela que se le acerca.*) Hola! vecina, buenos dias: ayudadme aqui.

Miquela. Con mucho gusto.

Juliani. (*Que se ha acercado á Estela.*) Querida Estela!

Estela. Cielos!

Mateo. (*Aparte á los dos.*) Silencio!

Jacobo. (*A Miquela.*) Ya sabeis que esta noche os esperamos á hacer colacion, y luego iremos á la misa del gallo.

Miquela. No faltaré. (*Vase Jacobo.*)

Mateo. (*A la superiora con gravedad, en tanto que Juliani coloca el caballete, prepara la paleta, &c.*) Ya conocereis, señora, cuánto recogimiento y soledad se necesitan para ejecutar esta obra con la delicadeza y uncion convenientes. Cada pintor tiene su método de trabajo... Yo soy un hombre de vida retirada y austera... estoy acostumbrado á la paz, al silencio, á la soledad de los claustros...

Miquela. (*Aparte.*) Habla como un predicador!

Mateo. Necesito, pues, indispensablemente aislamiento, retiro, silencio...

Miquela. Con que, tendremos que irnos?

Mateo. No hay remedio.

Miquela. Lo siento; yo quisiera ver...

Mateo. Hola! niña! sois curiosa? Tanto peor; porque yo no puedo trabajar cuando una persona estraña me está mirando. Creedme, hija mia, debeis corregiros de ese defecto: la curiosidad es un vicio pecaminoso... la curiosidad es madre de la indiscrecion, hermana de la liviandad, y tia de...

Miquela. Bien, bien.

Superiora. Tiene razon el señor. (*A las religiosas y*

pensionistas.) Vaya, salios fuera.— Quedaos vos, Estela, yo me quedaré á acompañaros.

Miquela. (*Aparte á Mateo.*) Qué bien haceis vuestro papel!

Mateo. (*Aparte á Miquela.*) No os he dicho que he sido cómico.—Volved pronto y buscad un pretesto para que se vaya la superiora... aunque no sea mas que por cinco minutos...

Miquela. (*Idem.*) Y cuál?

Mateo. Una mentira cualquiera... No os descuideis.

Miquela. (*Se iba, y vuelve.*) Ah! ya no me acordaba! Cuidado, que Venetti está en esa sala; si llega á descubriros...

Mateo. Como yo la salve á ella, de mí nada me importa.

Miquela. (*Aparte.*) Qué buen corazon!—Y el señor Juliani... qué generoso! comprometerse asi por salvar á una joven que no conoce! (*Mirando á Estela.*) Y qué hermosa es! Como luego la gratitud no se convierta en...

Superiora. (*Que ha estado haciendo salir á las religiosas y pensionistas, se dirige á* Miquela.) Vamos, Miquela.

Miquela. (*Saliendo de su cavilacion.*) Ah!... voy, señora, voy... (*Pasando junto á Estela.*) Animo! vuestros amigos estan á la mira. (*Vase.*)

Estela. (*Aparte.*) Tambien Miquela! Qué significa esto?

ESCENA VI.

JULIANI. MATEO. ESTELA. LA SUPERIORA.

Mateo. (*Haciendo sentar á Estela á la izquierda en una silla.*) Hacedme el gusto de sentaros aqui. (*A la superiora.*) Y vos, madre, aqui. (*La coloca en el centro, un poco retirada, entre Estela y el caballete.*) Esto es... asi vereis el modelo, sin ver al pintor.

Superiora. Como mejor os convenga.

Mateo. Juliani... vamos... venga la paleta, los pinceles... (*Los toma él y se los da á Juliani.*) Corriente; ahora vos... á moler colores... (*Se pone él á*

molerlos.) Ea, manos á la obra... (*Le hace seña de que pinte.*)

Juliani. Voy, voy.

Mateo. (*A Estela.*) Volved la cara hácia mí, señora. (*A la Superiora que trata de volverse.*) No hablo con vos, señora... (*A Estela.*) Mas... un poco mas...

Juliani. (*A Estela con cariño.*) Sí, sí... mas..

Mateo. (*Empujándole hácia atras.*) Silencio!... quién le mete?...—Juliani, á moler colores.—(*A Estela.*) Alzad los ojos, y tenedlos siempre fijos en los su... en los mios. Teneis un mirar tan dulce, tan espresivo...

Juliani. (*Estasiado, dejando de pintar.*) Ah! sí!...

Mateo. (*Aparte, haciéndole pintar.*) Quieto!—Si tengo la dicha de trasladar al lienzo ese candor, esa pureza angelical del modelo... (*A Juliani, que se queda absorto contemplándola.*) Juliani, vamos moliendo colores!... (*A la Superiora.*) Podeis contar con que os haré una obra maestra.

Superiora. (*Volviéndose.*) De veras?

Mateo. (*Echase precipitadamente entre ella y Juliani, quita á este los pinceles, lo empuja hácia la mesa y hace que pinta.*) Oh! sin duda ninguna! Pero no mireis... no mireis... (*A Juliani.*) Vamos moliendo!

Superiora. (*Volviendo á su postura.*) Perdonad... me habia distraido.

Mateo. (*Aparte.*) Esta Miquela que no viene... y estamos perdiendo tiempo!... Procuremos averiguar... (*A Juliani que hace señas á Estela.*) Vamos, juicio!—Con que hoy es 24 de diciembre, dia de Noche-buena?... Por supuesto que en el convento habrá esta noche misa del gallo... con su música... y todas sus ceremonias... y asistirán todas las religiosas... y las pensionistas... en fin, todos?

Superiora. Sin duda ninguna.

Mateo. (*Aparte.*) Me alegro de saberlo!—A ver si puedo de este modo avisarla.. (*Escribe en el respaldo del cuadro, y dice á Estela.*) Miradme bien. (*La Superiora va á volverse.*) No os digo á vos, señora. (*Acaba de escribir, y enseña el cuadro por el respaldo á Estela.*)

Estela. (*Leyendo.*) «A media noche!...»

Superiora. (*Volviéndose.*) Qué?

Mateo. (*Adelantándose con suma viveza y mostrando á la Superiora el cuadro por el derecho, donde se verá bosquejada la cabeza.*) Pero si deseais ver lo que llevo hecho, ahí está.

Superiora. Oh! perfectamente! qué seguridad! qué valentia!

Mateo. Sí, no dejo de tener valentia...

Superiora. Qué toques!

Mateo. Sí... los toques... (*Mirando á Estela con intencion.*) en dando una docena de toques... estamos? una docena de toques ya quedará libre el modelo... (*Aparte á Estela, yendo á poner el cuadro en el caballete.*) Me habeis entendido?

ESCENA VII.

DICHOS.—MIQUELA.

Miquela. (*Precipitada.*) Tampoco está aqui... no parece... Ay Dios mio! Señora, qué ocurrencia!

Superiora. Qué sucede? qué turbacion es esa?

Miquela. La señorita Beatriz ha desaparecido!

Superiora. Qué oigo!

Miquela. No la hemos encontrado por ninguna parte; yo venia aqui á ver si vos sabiais...

Superiora. Yo no sé nada! (*A Mateo.*) Perdonad, caballero; es preciso suspender... yo tengo que ir...

Mateo. Pero ya os he dicho que no tengo mas tiempo que el rigorosamente necesario; con que...

Miquela. (*A la Superiora.*) Podeis ir á tomar vuestras disposiciones, y yo me quedaré aqui.

Superiora. Pues bien... cuidado!— (*Varias religiosas se presentan sucesivamente á la puerta y hablan á la Superiora, durante el diálogo siguiente.*)

Miquela. (*Colocándose, cruzada de brazos, delante del caballete, de espaldas á Mateo, y con la vista fija en Estela.*) Qué tal? lo he hecho bien?

Mateo. Calla! Con que esto ha sido?

Miquela. Un pretesto.

Mateo. Y esa Beatriz que deciais?...

Miquela. La atisbé que entraba en la capilla á leer un billetico... y crac... le dí una vuelta á la llave...

Mateo. Pues os doy la enhorabuena! sabeis mentir con una verdad!

Miquela. Sí?

Mateo. Asombrosa!—(*Viendo alejarse á la Superiora.*) Id á la puerta, y estaos allí de centinela.

ESCENA VIII.

MATEO. ESTELA. JULIANI. MIQUELA, *en el foro de la parte de afuera.*

Mateo. (*A Juliani que se dirige precipitado á Estela, poniéndose entre los dos.*) Quieto!—Los momentos son preciosos... van á volver y no podemos perder un instante.

Estela. (*Turbada.*) Señor!

Mateo. Ah! desechad el miedo: es un amigo el que os habla, un amigo que daria su sangre y su vida por vos! Tomad... leed, leed esta carta.

Estela. (*Mirando á Juliani.*) Juliani!

Juliani. Ah! leed, leed., querida Estela!

Estela. (*Leyendo.*) «Hija mia...» Qué veo!... esta letra...

Juliani Es de vuestro padre.

Estela. De mi padre!... sí, sí, la conozco!

Mateo. (*Mientras ella lee.*) Ya lo veis! os está esperando.

Estela. (*Con gozo.*) Ah! vive! vive mi padre.

Juliani. Sabe que yo os amo, y...

Mateo. (*Interrumpiéndolo.*) Bien, bien: luego hablaremos de eso.—(*A Estela.*) Él os pide, os ruega que vayais á echaros en sus brazos... ah! no le negueis esta gracia! sabed que si algo le tiene vivo todavia, es únicamente la esperanza de abrazar á su hija! Mirad: mirad esos renglones escritos con una mano trémula y débil os estan probando que no debeis perder tiempo.

Estela. Qué decis?

Juliani. La verdad, Estela. A no ser por eso, él mismo hubiera venido á libraros de manos de nuestros enemigos. Pero ay! su salud debilitada por tantos años de penas y miseria no le ha permitido

unir sus esfuerzos á los nuestros.—Y qué importa! si vos nos ayudais, triunfaremos de todos los obstáculos: venid, y vuestra presencia le volverá la vida y la felicidad.

Estela. Hablad: qué hemos de hacer?

Mateo. Esta noche, á favor de la bulla que reinará en el convento, y cuando todas las religiosas y pensionistas esten oyendo misa en la capilla...

Miquela. (*Llegando.*) Daos prisa! La señora Beatriz ha parecido! (*Juliani va á observar á la puerta.*)

Mateo. (*A Estela.*) Os salís al jardin: alli estaremos nosotros, y todo lo tendremos pronto para nuestra fuga.

Estela. Pero si nos descubren somos perdidos!... y mi padre tambien... se veria espuesto por mí!.. (*A Juliani.*) Ah! no, no...

Mateo. (*A Juliani.*) Titubea! vamos pronto... ahora os toca á vos.

Juliani. Querida Estela, desechareis el único camino de salvacion que nos queda?... ó me habeis mandado vivir para condenarme á una eterna desesperacion?

Estela. Ah! Juliani!

Juliani. Estela! yo os lo ruego! Consentid! yo os lo suplico, Estela mia!

Miquela. (*Llegándose.*) Qué oigo!

Juliani. (*Cayendo á los pies de Estela.*) En nombre de nuestro amor!

Miquela. (*Poniéndose entre los dos.*) De nuestro amor! (*A Juliani.*) De vuestro... vos la amais? (*Con dolor.*) El la amaba!

Mateo. Toma! pues poco tiempo hace!

Miquela. Y yo que creia!...

Mateo. Calla! es su rival! Ay! Dios mio! en la que nos hemos metido! (*A Juliani.*) Cómo no me habeis dicho?...

Juliani. Yo no sabia nada!

Miquela. No lo sabias? ingrato! no lo adivinabas!—Ah! yo me vengaré. (*Dirígese al foro.*)

Juliani. Miquela... por piedad...

Miquela. Dejadme... dejadme... quiero publicarlo todo.

Estela. Cielos!—(*Juliani procura detenerla y tranquilizarla.*)

Mateo. (*Poniéndose delante de Miquela.*) No salis de aqui!

Miquela. Pues bien! (*Corre á la puerta de la derecha, tira de la cuerda y suena la campana.*)

Mateo. Desgraciada!... vais á perdernos á todos... y vos la primera.

Miquela. Qué me importa!

Mateo. (*Estorbándola tocar.*) Con que, quereis matar á Juliani?

Miquela. A Juliani!

Mateo. Sí, señora!... ayer, cuando yo entré en su cuarto se iba á matar.

Miquela. A matarse... por ella! Ah!

Juliani. Miquela!

Miquela. (*Mirándola conmovida.*) A matarse!... ah!... no, no!... yo quiero que viva!

Mateo. Bravo, Miquela! eso se llama corazon!

Miquela. Pobre corazon!

Mateo. (*Prestando el oido.*) Qué ruido!...

Juliani. Todo el convento viene aqui!

Mateo. Esa maldita campana!... Y qué se hace? qué les decimos?—Miquela!... vamos... otra mentira... hoy estais para ello. (*Todos se precipitan á sus puestos. Mateo, no hallando los pinceles, se turba y pinta con todo lo que le viene á la mano.*)

ESCENA IX.

DICHOS.—LA SUPERIORA. LAS PENSIONISTAS.

Superiora. Miquela! Miquela! qué ha ocurrido?

Miquela. Perdonad, madre... era que...

Mateo. (*Ocurriéndosele una idea.*) Oh!—(*Agáchase de modo que no le vean, y dice aparte á Miquela.*) Para pedir socorro!... (*Déjase caer en el sillon.*)

Superiora. Vamos, qué?

Miquela. Para pedir socorro...

Superiora. Para quién?

Miquela. (*Turbada.*) Para...

Mateo. (*Tirándole del vestido.*) Para mí. (*Finge estar desmayado.*)
Miquela. Para el señor.
Superiora. Dios mio!
Miquela. Con la fatiga y el trabajo...
Superiora. Id á buscar... pronto!... id á mi celda... no, no: yo misma iré. (*Vase por la izquierda.*)

ESCENA X.

DICHOS.—VENETTI, *que sale por la derecha con la servilleta puesta.*

Venetti. Qué ruido es este! Qué veo! un hombre desmayado! (*Registrándose los bolsillos.*) Esperad, esperad... justamente he de tener aqui el frasquito...
Miquela. (*Queriendo cogerle el frasco, é impedir que se acerque.*) Dádmelo á mí.
Venetti. (*Desviándola.*) No, no... dejadme á mí... yo sé la dósis... (*Acércase á Mateo y le pone el frasco en la boca.*)
Mateo. (*Con los ojos cerrados, tomándole la mano.*) Gracias, hermanita!
Venetti. (*Conociéndolo.*) Ay! Dios de Israel! (*Tiembla de susto. Mateo abre los ojos, le conoce, se levanta precipitado, le pone en su lugar, y le arrima el frasco á la boca.—Miquela entretiene á las pensionistas y las impide acercarse.*)
Mateo. (*Aparte á Venetti.*) Si hablas una palabra, Venetti, si pronuncias solamente mi nombre... á fe de Mateo!...—Levántate.
Venetti. (*Levantándose.*) Yo!...
Mateo. (*En alta voz.*) Sí, señor, sí... ya me siento mas aliviado... dadme el brazo. (*Aparte.*) Dame el brazo!—(*En alta voz llevándosele hácia el foro.*) Y me parece que vos os sentís peor que yo... estais tan pálido!
Todos. Es verdad!
Mateo. Venid: el aire libre os acabará de despejar.
Miquela. Eso es: y al paso podeis descansar en mi casa.

Mateo. (*Cerca ya de la puerta.*) Vivis muy lejos de aqui?

Miquela. No señor, muy cerca: no hay mas que pasar el puente.

Venetti. (*Espantado.*) El puente! (*La superiora aparece. Venetti quiere hablar; pero Mateo se le lleva por la fuerza. La superiora habla con Miquela y las pensionistas.*)

Juliani. (*Aparte á Estela.*) A las doce de la noche!

Estela. (*Aparte.*) Dios mio! qué haré! qué haré!

ACTO TERCERO.

El jardin del convento.— A la derecha, en el proscenio, la casilla del jardinero con una ventana alta: delante de ella un arbol y un banco.— A la izquierda, una pared de cercado, y en ella una puerta pequeña. Mas allá un banco pegado á la pared. Otro banco al pie de un arbol en el fondo.— Arboles, emparrados, fuentes, &c.

ESCENA I.

JACOBO. MIQUELA. TERESA.

Jacobo. (*Saliendo de la casilla con una lámpara en la mano.*) Por aqui, vecina, por aqui... cuidado con los árboles. (*Tropieza con uno.*) Ay!

Teresa. Me alegro! por qué no miras tú?

Jacobo. (*Algo bebido.*) Como le iba enseñando el camino á la vecina...

Teresa. La vecina lo sabe tan bien como tú... Ah! y la llave?

Miquela. (*Con prontitud.*) Es verdad! y la llave?

Jacobo. Aqui está. Las llevo todas conmigo. Espera. A ver, ten un poco el velon mientras la busco. (*Buscándola entre muchas llaves que lleva.*) Cosa mas rara! yo no sé qué diablos tengo esta noche en los ojos!... pues me parece que la cena no ha sido ninguna cosa del otro jueves.

Teresa. La cena no; pero el vino que has bebido!... á cada bocado echabas un brindis á la salud de Miquela.

Jacobo. Eso era regular, muger! Cuando se convida á un pariente... ó á una comadre, que viene á ser lo mismo.

Miquela. Cierto: yo soy ya como de la familia.

Jacobo. Madrina del chiquillo... como si digeramos, su segunda madre. (*A Miquela con galanteria.*) Y no me pesaria que la segunda fuese la pri...

Miquela. (*Dándole en la mano.*) Vamos!

Teresa. Despacha, hombre!... mira que son ya las once y media dadas.

Jacobo. (*Frotándose los ojos.*) Qué demonio de ojos tan bailarines! Ah! aqui está.—Vaya, alúmbrame. (*Se dirigen á la puerta pequeña.*)

Miquela. (*Aparte prestando el oido hácia la pared del cercado.*) No oigo á nadie todavia.

Jacobo. (*Procurando meter la llave en la cerradura.*) Acerca ese velon, muger! (*Teresa le pone el velon junto á las narices.*) Alumbra bien!

Teresa. (*Dándole el velon y tomando la llave.*) Eh! dame esa llave. (*Cierra la puerta.*)

Jacobo. Ah ah!

Teresa. Y el cerrojo?

Jacobo. Es verdad! ya está.—Ea, ya estamos seguros... y podemos irnos á la capilla... á la misa del gallo.

Teresa. Sí... pero entremos antes al cuarto... tomaremos el devocionario, y... vamos, anda. (*Jacobo se encamina por el lado opuesto.*) Por aqui, hombre, por aqui! no sabe donde está de pie! (*Le lleva hasta la puerta y le mete dentro.— A Miquela.*) No quiero que venga á la capilla: si la madre superiora lo ve en esa disposicion!... Otra vez, vecina, es preciso tasarle el vino. (*Entrase en la casilla.*)

Miquela. (*Siguiéndola.*) Nadie parece todavia y ya son cerca de los doce! (*Va á entrar, y se detiene oyendo dos palmadas.*) Ya han hecho la señal!

Teresa. (*Asomándose á la ventana.*) Qué es eso?

Miquela. Soy yo, vecina... hace tanto frio... que estoy dando palmadas para calentarme las manos.

Teresa. Pues entrad... aqui hay lumbre. (*Oyese á lo lejos una campana que toca á misa.*) Ya tocan á misa... despachemos. Quereis que vaya á alumbraros?

Miquela. (*Viendo á Mateo que aparece por encima de la pared del cercado.*) No... no hay necesidad. (*Entrase en la casilla.*)

ESCENA II.

MATEO. *Luego* JULIANI.

Mateo. (*Echando hácia el jardin una cuerda de nudos.*) Ya estoy arriba: esperad... no empeceis á subir hasta que yo esté al otro lado. (*Descuélgase y salta al jardin.*) Ahora.—Ya no falta mas sino que Miquela haya podido atrapar la llave. (*Juliani aparece en lo alto*) Despacito! (*La cuerda se rompe y cae.*)

Juliani. Ay!

Mateo. Qué es eso?

Juliani. Se ha roto la cuerda!

Mateo. (*Recogiéndola.*) Es verdad!... se ha cortado por el roce de la pared.— No importa... esperad.— (*Subese en el banco y se coloca debajo de Juliani, apoyada la espalda contra la pared.*) Pronto... un pie en este hombro... eso es! venga el otro en mi mano... bien! (*Juliani salta al suelo con trabajo.*) Chit! Se conoce que no habeis hecho como yo el papel de mono en la comedia de Jocó ó el Orang-utang, que representé en América con unos aplausos!—Vamos á descubrir terreno. (*Sacando una linterna sorda de debajo de la capa.*) Enterémonos de la topografia... Miquela nos habló de una casilla del jardinero.

Juliani. Es verdad.

Mateo. (*Oyendo ruido.*) Chit! No ois?

Juliani. Sí... por este lado suena gente.

ESCENA III.

DICHOS.—MIQUELA.

Miquela. (*Saliendo de la casilla y hablando á la puerta.*) Aqui os espero, vecina.

Mateo. Es Miquela.

Miquela. Estais ahi?

Mateo. Acá estamos.—Y la llave?

Miquela. Esta es.—La puerta está alli enfrente. (*Indicándosela.*)

Mateo. Bien.

Miquela. Y el señor Rivera?

Juliani. Nos está esperando en su coche... y asi que venga Estela...

Miquela. Voy á buscarla, y al momento venimos,

Mateo. Perfectamente. No podrán echarla menos hasta despues de la misa, y entonces ya estaremos nosotros camino de Liorna.

Miquela. Teresa viene: retiraos. (*Se retiran á la derecha, junto al costado de la casilla que mira á la escena.*)

ESCENA IV.

DICHOS. TERESA.

Miquela. Y qué tal: se ha dormido?

Teresa. Si se ha dormido? escuchad.

Miquela. (*Escuchando.*) Jesus! (*Alzando la voz á fin de que lo oiga Mateo.*) Acostumbra roncar así vuestro marido? Entonces no pegareis los ojos en todo el año.

Teresa. (*Metiendo la llave en la cerradura.*) Si tal: la costumbre... Ay! el velon... (*Vuelve á entrar.*)

Miquela. Cáspita! acostúmbrarse á dormir con un ruido... como si rodara un carro por la alcoba!

Teresa. (*Saliendo.*) Ya he apagado el velon: ahora... (*Echa la llave.*) que duerma la mona.—Vamos.

Miquela. (*Alzando la voz.*) Vamos.

ESCENA V.

MATEO. JULIANI.

Mateo. (*Se cerciora de que han marchado, y vuelve á Juliani.*) Venid. (*Juliani, pensativo, no lo oye.*) Vamos, qué haceis? en qué estais pensando?

Juliani. Mateo, y si se niega á seguirnos? si salimos mal con la empresa?

Mateo. Ba!... escrúpulos de amante! Si salimos mal!...

y por qué hemos de salir mal?—Vaya, seguidme: ante todas cosas, abramos la puerta... y si teneis miedo, os largais por ella.

Juliani. Cómo!...

Mateo. Yo me quedo aqui á esperarla; y si no halla medio de venir, voy yo mismo á sacarla de la capilla.

Juliani. Cómo!... vos que me aconsejábais tanta prudencia, decís ahora?...

Mateo. Sí, prudencia... en general. Pero hay momentos de crisis en que la temeridad es prudencia; y yo nunca me he salido con la mia, sino cuando he dado golpes... asi... de prudencia.—Lo dicho: si la niña no viene, me lanzo...

Juliani. Estais en vos?

Mateo. Es cosa segura. Figuraos que en medio de la multitud de mugeres tímidas y devotas que estan de rodillas con el mosconeo del rezo, aparezco yo de repente, envuelto en mi capa, como una fantasma; saco al aire el nervudo brazo, agarro á la niña, y desaparezco con ella entre la confusion, el asombro y las señales de cruz de aquellas buenas mugeres. (*Con entusiasmo.*) Ah! qué golpe de teatro!... qué quinto acto para un melodrama! Todavia me acuerdo, cuando yo... — Con que, vamos, se pone en práctica?...

Juliani. Por Dios, Mateo! Figuraos el susto que llevará Estela...

Mateo. Sí, sí, teneis razon, el terror la podria embargar... Renuncio, y es lástima! — pero ya que no lo aprobais, dejemos la tragedia y apelemos á la comedia.—Vamos á abrir la puerta. (*Se dirige á la puerta, y se detiene oyendo roncar á Jacobo.*) Qué ruido es ese?—Ah! es Jacobo que duerme en sueño apacible.—Aqui está la puerta. (*Quita el cerrojo.*) Vaya un cerrojo! (*Trata de meter la llave, y no puede.*) Diantre de llave!... (*Acerca la linterna.*) Qué es esto? (*Con un arranque de cólera.*) Maldito sea el demonio!!...

Juliani. Qué hay?

Mateo. Que esa Miquela ha equivocado la llave!

Juliani. Estais seguro?

Mateo. (*Volviendo á probar.*) Nada!... no es esta!... Maldita sea la...!!

Juliani. Y qué haremos ahora?

Mateo. (*Colérico.* Qué haremos?... qué haremos?... (*Se pone á cavilar.*)

Juliani. (*Con dolor.*) Qué será de nosotros?... ah! bien os decia yo, mi querido Mateo, que...

Mateo. (*Con mal modo.*) Eh! dejadme ahora pensar! Luego tendreis lugar de hacer pucheros. (*Creyendo oir ruido.*) Chit!... qué ruido...

Juliani. No, no... es el mismo de antes.

Mateo. El que ronca. Jesus! ese hombre tiene un modo de dormir que aterra!—Ah! qué idea! (*Se dirige á la casilla.*)

Juliani. Dónde vais?

Mateo. A buscar la llave al cuarto del jardinero... mientras duerme.

Juliani. Imposible! si su muger ha cerrado la puerta.

Mateo. Y quién habla aquí de puerta? Mirad, (*Señalando á la del cercado.*) mirad de lo que nos sirve aquella. Nadie debe contar con las puertas para salir de un apuro: ese es un recurso muy antiguo y muy manoseado. No tenemos llave? voy por ella.

Juliani. Y cómo?

Mateo. (*Toma carrera, salta á la ventana, y se mete en el cuarto.*) Así.

Juliani. (*Mirando hácia el foro.*) Ah! cómo tarda! Quién sabe! Mateo tiene muy buenas esperanzas... pero yo no confio, y me temo...

Mateo. (*Asomándose á la ventana.*) No os impacienteis: Jacobo se ha dormido con las llaves en la mano, y necesito irselas sacando con mucho tiento para que no despierte. Estad vos alerta. (*Se mete dentro.*)

Juliani. Bien; pero daos prisa, porque me parece que viene gente. (*Se dirige al foro.*)

ESCENA VI.

DICHOS. ESTELA. MIQUELA.

Juliani. En efecto, viene... oh! Dios mio! cómo me palpita el corazon! Esas pisadas... esa voz... es Miquela! (*Con gozo.*) Ah! no viene sola.

Estela. (*Saliendo.*) Juliani!

Juliani. Estela!... Ah! es cierto, es cierto, Estela mia, que os venís á mi lado? Yo no me atrevia... no me atrevo aun á creer tanta felicidad!

Estela. Juliani, me habeis jurado llevarme á los brazos de mi padre, y vengo confiada en vuestro honor.

Miquela. Vamos pronto: ya se ha acabado la misa... y no tardarán en echaros menos.

Juliani. No podemos marchar todavia: es preciso esperar á Mateo.

Miquela. A Mateo? Pues no está aquí?

Juliani. (*Que ha mirado hácia el foro.*) Miquela, qué luces son aquellas? qué gente anda por el jardin?... Mirad!

Estela. (*Escuchando asustada.*) Oigo mi nombre!

Juliani. Estela! no!

Estela. Sí, sí! os digo que oigo mi nombre!

Miquela. (*Que ha ido á observar.*) Huid, huid! ya os andan buscando... vienen por aquel lado!.. huid pronto.

Juliani. Es imposible! Mateo no sale! (*Llamándole.*) Mateo! Mateo!

Miquela. (*Llamando.*) Mateo! Mateo!

Estela. Ah! Juliani, huid vos, separémonos!

Juliani. Jamás.

Estela. Desgraciado! si os sorprenden aquí! En nombre del cielo, marchad... abandonadme!

Juliani. Yo abandonaros!... yo renunciar!...

Miquela. Es preciso. Vuestra presencia la acusaria... y si la encuentran sola, será facil desvanecer toda sospecha. Marchémonos, y asi podremos despues salvarla.

Juliani. Es verdad.

Miquela. Ya se acercan!... (*Yendo á la ventana.*) Mateo!...

Juliani. Mateo!

Mateo. (*Asomándose con aire de triunfo.*) Ya tengo la llave!

Juliani y Miquela. Vamos. (*Distínguese el resplandor de las luces, y las voces que se acercan por varias partes.*)

Miquela. Ya no es tiempo. (*Empuja á Juliani á la derecha, detras de la casilla, y ella huye hácia la izquierda. Mateo, que se disponia á bajar, se detiene.*)

ESCENA VII.

ESTELA. EL MARQUES DE FIERAMONTE. VENETTI. LA SUPERIORA. RELIGIOSAS. MATEO *y* JULIANI, *ocultos*: *lacayos con hachas.*

Venetti. (*Saliendo de prisa.*) Por aquí, por aquí, señor marques... aquí está la señorita.

Marques. En efecto... aquí está.

Superiora. (*Llegándose á Estela.*) Bien os decia yo, señor marques, que no podia estar lejos. (*A Estela, con dulzura.*) Qué es eso, Estela? cómo estais tan pálida?... (*Al marques.*) No lo estraño: hacia un calor en aquella capilla tan chica y con tanta gente... y luego las luces... el incienso...

Estela. Eso, eso ha sido, madre superiora.

Superiora. Ya veis, señor marques, que vuestras sospechas...

Marques. No son sospechas, señora, es certidumbre: yo sé positivamente que esta mañana...

Superiora. Es una equivocacion, señor.

Marques. Hablad, Venetti. (*Mateo empieza á bajar de la ventana.*)

Venetti. Yo puedo asegurar á la madre superiora que ese pintor holandés que se introdujo esta mañana en el convento...

Superiora. Qué? vamos...

Venetti. Es un tunante.

Superiora. (*Al marques.*) No le hagais caso: ese criado os engaña.

Venetti. (*Aparte, picado.*) Ese criado!—Madre superiora, yo no tengo costumbre de mentir, y digo y repito que era... (*Aparte.*) un miedo me dá nombrarlo... porque al instante se me aparece!

Superiora. Pues yo le he visto pintar, y estoy segura que era...

Venetti. (*Haciendo un esfuerzo de valor.*) Mateo! (*En este momento, Mateo, que se ha ido bajando, pone un pie sobre Venetti, salta al suelo, y desaparece detras de la casilla. Venetti da un grito de terror.*) Ay!

Marques. Qué teneis?

Venetti. Yo... yo no sé!... un estremecimiento... un retemblor... (*Mirando por el suelo.*) No habeis visto caer algo?

Superiora. (*Aparte al marques.*) Cuando yo os digo, señor marques, que ese buen hombre está... (*Sigue hablando con él.*)

Venetti. (*Aparte.*) Con que es decir que yo no puedo ni aun pronunciar su nombre, sin riesgo de verme aplastado!

Estela. (*Al marques.*) Cómo! señor...

Superiora. Sí, Estela, vais á dejar esta casa donde os habeis criado, para ir á habitar el palacio de vuestros padres. (*Juliani y Mateo atraviesan por el foro, para llegar á la puerta del cercado.*)

Estela. Ay! madre... por Dios!

Marques. Qué es eso? tiene repugnancia?...

Superiora. Disculpadla, señor marques. No es estraño que una salida tan repentina, tan precipitada... llevársela esta misma noche! yo creo que convendria diferirlo...

Marques. Tengo graves razones que no me permiten dilatarlo.

Estela. Ah! señor...

Marques. En adelante, quiero que me llames tu padre. Sí, Estela, desde este instante vas á recobrar el apellido y la clase que te corresponden... (*En voz baja.*) y que te han revelado esta mañana.

Estela. (*Asombrada.*) Ah!

Marques. Todo lo sé.

Estela. Pues bien, padre mio, concededme algunos

dias... solamente algunos dias mas.

Marques. Ya no me es posible, Estela. Tu suerte está en ello comprometida. He ofrecido á S. A. el gran duque que mañana te presentaré á él. Te he proporcionado un enlace ilustre...

Estela. Cielos!

Juliani. (*Que escuchaba en el foro, mientras* Mateo *abria la puerta.*) Gran Dios!

Marques. Estela! esa turbacion...

Mateo. (*Llevándose á Juliani hácia la puerta.*) Marchaos, marchaos pronto. (*Le echa fuera, y va á seguirlo; pero se detiene viendo entrar á Juliani sorprendido por Bonesco y los esbirros.*)

ESCENA IX.

DICHOS.—BONESCO. ESBIRROS.

Bonesco. Alto ahí! (*Las religiosas que estan á aquel lado corren á unirse con las que estan al lado opuesto.*) Aseguradle! y cuidado que haga resistencia.

Mateo. (*Aparte con furor.*) Y estamos sin armas!

Estela. (*Aparte.*) Juliani!...

Superiora. Aqui un hombre preso! aqui los esbirros!..

Bonesco. (*Enseñando la cuerda.*) Aqui ha habido sin duda conato de rapto... Cuerpo de delito son: esta cuerda que he encontrado al pie de la tapia... esa puerta abierta... este mozo que huia...

Venetti. Lo conozco!... es el señor Juliani.

Superiora. (*A Juliani.*) Será cierto, caballerito?

Juliani. No, señora: otro ha sido el motivo...

Marques. Mentira!... (*A la superiora.*) Y si aun lo dudais, señora, mirad á Estela.

Superiora. (*Llegándose á Estela, que apenas puede sostenerse.*) Estela!

Marques. (*Furioso.*) Y tú, miserable! te atreverás todavia á negarlo? Dí: no es cierto que has entrado aquí por ella?

Juliani. (*Con dignidad.*) No, señor.

Marques. Pues por quién? Responde. Yo sabré arrancarte el secreto!

Juliani. No, señor.

Marques. (*A Bonesco.*) Llevaos ese hombre.

Bonesco. (*Prosternándose.*) Sí, escelentísimo señor.

Marques. Custodiadle bien.

Bonesco. (*Idem.*) Sí, escelentísimo señor.

Marques. Vos me respondereis de él... (*Bonesco se inclina.*) con vuestra cabeza.

Bonesco. (*Se inclina hasta el suelo.*) Sí, escelentísimo señor.

Marques. (*A Estela.*) Y vos, señora, seguidme. (*Vase por el foro con Estela, la superiora y religiosas que hacen ademan de suplicarle.—Bonesco y los esbirros se llevan á Juliani por la puerta del cercado: Venetti los acompaña, alumbrándolos con una hacha.*)

ESCENA IX.

MATEO; *luego* MIQUELA; *luego* VENETTI.

Mateo. (*Que ha dado la vuelta por detras de la casilla, y observa á uno y otro lado.*) La señora Estela en poder del marques: (*Mirando al otro lado.*) Juliani en las uñas de la justicia: ella en un palacio: él en un calabozo.—Pues me he lucido!—Y no me he de salir con la mia? Yo les he prometido casarlos, y los he de casar, voto al diablo! Sí; pero antes de casarlos es preciso salvarlos... Pues los salvaré, ó no me llamo Mateo! Y cómo haré?... qué medios convendrá emplear?... la violencia, ó la astucia?... me lanzaré á la tragedia... ó á la comedia?... Si yo... malo, malo! Mejor seria... uf!... detestable! (*Impaciente.*) Ah! Mateo, Mateo!... (*Hallando una idea.*) Ah! bien! esto es!... No!... Sí, sí! magnífica!... á ello. (*Viendo á Miquela.*) Miquela!...

Miquela. Mateo! ya sabeis...

Mateo. Todo.

Miquela. Se han perdido!

Mateo. Los salvaremos.

Miquela. (*Gozosa.*) Será posible!...

Mateo. (*Indicándola la puerta.*) Chit!... silencio!—cuando yo lo digo...

Miquela. Y cómo?

Mateo. Ya lo sabreis.

Miquela Cuándo?

Mateo. Pronto. (*Se dirige á la puerta.*)

Miquela. Y nos volveremos á ver?

Mateo. Mañana. (*Va á salir: Venetti entra, y se halla de manos á boca con él.*)

Venetti. Ay!!!

Mateo. (*Saludándole profundamente.*) Perdonad, caballero! (*Venetti retrocede gritando y temblando, y viene á caer aterrado en el banco que está en medio de la escena.*)

ACTO CUARTO.

Magnífico salon en el palacio del marques de Fieramonte.—Dos puertas en el foro que dan á una galería: otras dos laterales á la derecha que conducen á lo interior.—A la izquierda una mesa con tapete y escribanía.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUES. VENETTI.

(*Al levantarse el telon, se pasea el marques con aire cavíloso; se para al ruido que hace Venetti al entrar.*)

Marques. Y bien: qué hay de Mateo?

Venetti. Señor Marques, Mateo es el mismísimo demonio en persona humana!... (*Gesto de impaciencia del marques.*) Perdonad, señor; pero no se ha podido dar con él. Todos los esbirros de Florencia andan en su busca... y á mí no me llega la camisa al cuerpo.

Marques. Y el otro?

Venetti. El señor Juliani? Ya le han tomado dos declaraciones; pero se ha empeñado en callar, ó en negarlo todo.

Marques. Que declare ó no declare, poco me importa. Ya no le temo: Estela me obedecerá.

Venetti. En cuanto á la dueña que V. E. me mandó buscar para que sirva de aya de la señorita hasta que llegue el dia de su boda...

Marques. Qué? vamos!

Venetti. Hice la diligencia, y encontré una conocida que me ofreció proporcionármela. Hoy por la mañana debia presentarse en palacio, y ya he enviado á preguntar...

Marques. Debísteis haber ido vos mismo, y sabríamos ya el motivo de la tardanza.

Venetti. Iré, señor marques... (*Aparte, yéndose.*) Iré un demonio! para ir á casa de Miquela hay que pasar el puente... y mientras yo no sepa positivamente que Mateo está entre cuatro paredes muy gordas, bien amarrado con una cadena muy gorda, y sujetos los pies con unos grillos muy gordos...

Marques. (*Llamándolo.*) Ha venido ya el capellan del convento de santa Rosalía?

Venetti. Todavia no.

Marques. Pues volved allá á avisarle. (*Venetti duda.*) No me habeis entendido?

Venetti. Sí, señor, sí: al convento de sánta Rosalía... al otro lado de... del rio... Solo que... tengo tantas órdenes que dar para la fiesta de esta noche... que si yo me voy...

Marques. Pues, enviad otro.

Venetti. Corriendo. (*Va á marchar.*)

Marques. (*Llamándole.*) Ah! Venetti...

Venetti. (*Deteniéndose asustado.*) Señor! (*Aparte.*) Ay! Dios mio!

Marques. Id á decir á la señorita Estela que la espero aquí.

Venetti. (*Echando á correr.*) Voy, señor.

ESCENA II.

EL MARQUES; *luego* ESTELA.

Marques. Y no te olvides del capellan.—Yo creo que esto bastará: Estela debe tener deferencia hácia su confesor, y sus exhortaciones unidas á mis mandatos lograrán persuadirla, antes que haya que apelar á la fuerza... Aqui viene. (*Siéntase junto á la mesa.*)

Estela. (*Aparte.*) Qué me querrá?... Ah! yo tiemblo!

Marques. Acércate, acércate, mi querida Estela.

Estela. Señor...

Marques. Todavia señor?

Estela. Ah! perdonad!

Marques. (*Haciéndola sentar.*) Siéntate.—Vaya, tran-

quilízate, y óyeme sin temor. Debes estar persuadida que deseo tu felicidad, y que nada omitiré para asegurarla.

Estela. (*Suspirando.*) Ah!

Marques. Estela, hija mia... yo hubiera deseado no hablarte nunca del doloroso secreto que ayer te revelaron, y aun ahora me duele tener que renovar en tu presencia aquellos recuerdos de desgracia y vergüenza.

Estela. Padre mio...

Marques. Pero es forzoso: debo hacerlo para que conozcas cuántas miserias y males puede acarrear una inclinacion indigna... una pasion deshonrosa...

Estela. Os entiendo, padre mio, pero en nombre del cielo... en memoria de aquella persona que os ofendió, y que ha espiado su ofensa á costa de la felicidad de su vida... ah! yo os ruego que no me hableis asi de mi madre! (*Gesto del marques.*) Dios la ha perdonado ya!... y vos, no la perdonareis?

Marques. Yo...

Estela. (*Suplicante.*) Ah! señor!

Marques. Pues bien, Estela, en tí consiste.

Estela. En mí!

Marques. Sí; porque tú sola puedes borrar hoy las huellas de lo pasado: tú sola puedes restituir á mi nombre todo su esplendor. Responde, Estela, lo harás?

Estela. Yo!... Ah! si necesitais mi sangre, mi vida... Hablad, qué me pedís?

Marques. Ya te lo he dicho... lo has olvidado? Se me ha propuesto para tí un enlace ilustre. Tu casamiento con el hijo del primer ministro me volverá el favor del gran duque, y la elevada posicion que la intriga y la envidia cortesana me habian hecho perder. Tú, Estela, pasarás de la soledad de un cláustro á las fiestas espléndidas de la corte, donde te verás rodeada de obsequios y adoraciones, donde serás feliz...

Estela. Feliz!... ah! padre mio! no lo creais!

Marques. Cómo!

Estela. No lo seré, padre mio! Esa confusion, ese brillo, ese bullicio de la corte me asustan: yo es-

toy acostumbrada desde la niñez á la vida dulce y tranquila á que vos mismo me habiais destinado.

Marques. Qué dices?

Estela. Volvedme á ella: es la única que me agrada.

Marques. Basta: te entiendo!

Estela. Ah! por favor, dejadme volver al lado de mis compañeras, de mis hermanas, junto al sepulcro de mi madre... de mi madre, á quien vos echásteis vuestra maldicion, y que no pudo sobrevivir á vuestro enojo.

Marques. Estela!

Estela. Ah! perdonad, perdonad! no es mi ánimo irritaros... Pero vos lo habeis dicho: deseais mi felicidad... pues bien, permitidme volver...

Marques. (*Con ironia.*) Al convento de santa Rosalia, no es verdad? Piénsalo bien, Estela! Si vuelves á entrar en él...

Estela. Ah! aunque sus puertas se cierren eternamente para mí!

Marques. (*Levantándose.*) Tanto amas á ese Juliani?

Estela. A Juliani!

Marques. Responde.

Estela. Señor!...

Marques. Responde!

Estela. (*Cayendo á sus pies.*) Mas que á mi vida!

Marques. (*Furioso.*) Desgra...! (*Aparte.*) Qué voy á hacer!—Juliani está separado de ella para siempre.—(*Yendo á ella con dulzura.*) Vamos...

Estela. Padre mio!

Marques. (*Conteniéndose.*) Levántate. Consiento en olvidar las palabras imprudentes que has proferido... Espero que el tiempo, la reflexion, mi indulgencia... y si es preciso, la memoria de lo pasado, te inspiren sentimientos mas dignos de tí misma.

ESCENA III.

DICHOS.—VENETTI. *Luego* LA SEÑORA BÁRBARA.

Venetti. Señor... ahí está el capellan.

Marques. Bien!... voy allá.

Venetti. Aqui tiene tambien V. E. una carta que ha traido aquella persona...

Marques. Ha venido ya?

Venetti. Ahi está esperando. Quiere V. E. que la haga entrar ahora?

Marques. (*Abriendo la carta.*) Sí, que entre.—Y vos estais bien informado de sus cualidades...?

Venetti. Oh! sí señor. Me la ha proporcionado una amiga mia que la ha conocido en casa de la duquesa de Villabella, cuyas dos hijas ha educado.

Marques. (*Leyendo.*) En efecto!

Venetti. Ademas, basta el verla... tiene una facha... lo mas á propósito para... para espantar.

Marques. (*Acabando de leer.*) Decidle que entre.

Venetti. (*Yendo á la puerta del foro.*) Entrad, entrad, señora. (*Sale la señora Bárbara con aire grave, y hace una profunda reverencia.—Es Mateo disfrazado.—El personage de la dueña debe hacerse sin chocarreria, con mucho aplomo y dignidad.*)

Marques. Muy bien venida, señora. (*La dueña vuelve á saludar.*)

Venetti. Soberbia facha de dueña tiene!

Marques. (*Mostrando la carta.*) Los elogios que la duquesa me hace de vuestra honradez y acreditada virtud (*La dueña vuelve á saludar.*) nada me dejan que desear, señora Bárbara.

Venetti. (*Aparte.*) Bárbara! el nombre está en consonancia con la persona.

Marques. Solo me resta encargaros que tengais con mi hija, que está presente, (*Señala á Estela: la dueña la saluda.*) el mismo celo, el mismo interés que tuvisteis...

Dueña. (*Fingiendo la voz.*) Podeis confiar en mí.

Marques. (*A Estela.*) Estela! (*Habla con ella.*)

Venetti. (*Viendo á la dueña abrir su caja de tabaco.*) Hola! toma polvo. (*Se acerca y mete los dedos en la caja.*) Si la señora me permi... (*La dueña, sin mirarlo, cierra la caja y le pilla los dedos.*) Ay! ay! (*La dueña guarda la caja sin hacer el menor caso de Venetti.*)

Marques. Ya me entiendes, Estela?—(*Dirigiéndose á Venetti que se ha retirado.*) Venetti, tened presente que es mi voluntad que todos guarden las mayo-

res consideraciones á la señora Bárbara, y la obedezcan como á mí mismo.

Venetti. (*Inclinándose.*) Bien, señor.—Recuerdo á V. E. que el capellan...

Marques. Voy.—(*A la dueña.*) Perdonad, señora: un negocio urgente...

Dueña. No os detengais por mí. Aprovecharé este rato para imponer en mis planes á esta señorita.

Marques. Me parece muy bien.—A Dios.—(*A Venetti.*) Venetti, cuidado con lo dicho! (*Vase.*)

Venetti. Se cumplirán las órdenes de V. E. (*Inclinándose.*)

ESCENA IV.

DICHOS; *menos* EL MARQUES.

Mateo. (*Aparte en su voz.*) No sé como empezar; temo que su sorpresa... (*Se acerca á Estela y le tira del vestido.*) Señora! (*Venetti se acerca: Mateo dice con la voz de dueña.*) Derecho ese cuerpo, señora! (*Estela la mira.*) Y no me mireis asi con ese desparpajo... la modestia sienta bien á las niñas. Cuando mi padre me permitió alzar los ojos por la primera vez, ya tenia yo treinta y tres años cumplidos.

Estela. Señora, yo...

Mateo. (*Imponiéndola con un gesto solemne.*) Eh! cómo es eso! os tomais la libertad de interrumpirme, sin haberme pedido permiso?

Estela. (*Aparte asustada.*) Ay! qué muger tan insufrible!

Venetti. Puede que la señorita fuera á pedirlo... y como no la habeis dejado...

Mateo. Silencio!—Vos me respondereis cuando yo os pregunte, buen hombre!

Venetti. (*Aparte ofendido.*) Buen hombre!

Mateo. (*Aparte.*) Es preciso echarlo de aqui.—Arrimadnos sillas.—(*Siéntase junto á Estela.*) He llegado tan cansada!... y tenia tal deseo de presentarme á S. E. que no quise aceptar un bocado que se me ofreció á la entrada.

Venetti. Si la señora gusta, iré...
Mateo. Sí.
Venetti. Qué quereis que os traigan?
Mateo. Eh!... cualquier cosa.
Venetti. Una jícara de chocolate? (*Yéndose.*)
Mateo. Bien... y un... (*Deteniéndolo con su ademan.*)
Venetti. Y un vaso de agúa?
Mateo. Sí; y un...
Venetti. Y un azucarillo?
Mateo. Sí; y un poco de vino... una perdiz fiambre... unas chuletas... cualquier cosa.
Venetti. (*Aparte.*) Cualquier cosa! (*Vase.*)
Mateo. No acostumbro tomar nada á estas horas; pero hoy... (*Viendo que Venetti se ha ido, se levanta y acerca á Estela, que se asusta.*) No tengais miedo, vengo á salvaros.
Estela. Vos!
Mateo. Soy Mateo.
Estela. Mateo!
Mateo. (*Viendo salir al marques.*) Silencio! que vienen.

ESCENA V.

DICHOS.—EL MARQUES, *por el foro.*

Marques. Perdonad, señora.—Estela, ve al oratorio: una persona te espera alli.
Mateo. Yo iré con ella.
Marques. No; hacedme el gusto de quedaros... os tengo que decir...—Vete, Estela.

ESCENA VI.

EL MARQUES. MATEO.

Marques. Señora, tengo confianza en vuestra discrecion y prudencia, y voy á confiaros mis secretos con toda franqueza. (*Ademan de asentimiento de la dueña.*) Voy á casar á Estela con el marques de Apiani, que debe llegar aqui dentro de pocas horas.
Mateo. Dentro de pocas horas!
Marques. Esta misma noche, en presencia del gran

duque, que se digna ser padrino, se unirán en la capilla de palacio...

Mateo. Esta noche! (*Conteniéndose.*) No sé yo si esa precipitacion...

Marques. Es necesaria. Hay interes, por parte de cierta familia rival de la mia, en desbaratar este enlace, y quiero que se verifique hoy mismo.—Ahora bien: no debo ocultaros que Estela...

Mateo. Trata acaso de resistir á vuestra voluntad?

Marques. Sí.

Mateo. (*Con gozo.*) Con que resiste! (*Reprimiéndose, y con tono severo.*) Con que se atreve á resistir.

Marques. Tiene una inclinacion secreta hácia un hombre oscuro...

Mateo. Es posible!

Marques. Estela no ha sabido hasta ayer que era de noble cuna: estaba destinada á pasar su vida en el convento; pero ciertas circunstancias que ocurrieron... y ademas su propia felicidad...

Mateo. (*Aparte.*) No es mala felicidad la que tú le preparas!

Marques. Me ha decidido á restituirla al mundo por medio de este enlace que ella rehusa. Como se ha criado lejos de mí, no tengo imperio alguno sobre ella; pero he hecho llamar al capellan de santa Rosalía, que es su confesor... hombre elocuente...

Mateo. Mucho! (*Aparte.*) Ay! si me la volverá el cura!...

Marques. Estela está acostumbrada á obedecerle... y espero...

Mateo. Y si, á pesar de todo, no consiente?

Marques. (*Con violencia.*) Si no consiente!... me vengaré en ese Juliani que la ha seducido! Las leyes castigan severamente al que penetra, como ha hecho él, en el recinto sagrado de un monasterio de religiosas: allí le hice prender anoche, y le juro...

Mateo. No señor! no señor! ese es mal medio. El amor de la niña se aumentaria entonces viendo á su amante ser víctima... no señor!—Yo en vuestro caso obraria de otro modo.

Marques. Hablad.

Mateo. En primer lugar trataria de sacar una orden

para poner en libertad á ese... (*Fingiendo no acordarse.*) Fabiani... eh?

Marques. Juliani.

Mateo. Juliani, es verdad!—Entonces le presentaria á la niña su contrato de boda con el marques para que lo firmase... haciéndola elegir entre la sentencia de muerte de ese... Mariani... eh?

Marques. Juliani.

Mateo. Juliani, es verdad!—... y la orden de libertad.—«Estela, le diria yo, si rehusas el esposo que te destino, Juliani espira en un suplicio: firma aquí, y está libre... y le doy veinte mil ducados con la condicion de que salga de Florencia y de la Toscana para siempre.»

Marques. Eso está muy bien.—Pero yo temo que volviese, y que ayudado por Mateo...

Mateo. Mateo! (*Con melindre.*) Quién es ese Mateo?

Marques. Un tunanton, que está de inteligencia con Juliani... un pícaro, que he de hacer matar á palos, si llego á pillarlo.

Mateo. Bien hecho! eso le enseñará... (*Aparte.*) á no dejarse pillar!—Pero una vez casada la niña... ya no intentará... Oh! mientras yo esté en este palacio podeis vivir seguro de que no tratará él de entrar.

Marques. Pues sigo vuestro consejo.—Voy á escribir al juez. (*Toca la campanilla.—Siéntase á escribir.—Aparece Venetti.*) Venetti: vais á llevar inmediatamente esta carta al señor Bonesco.

Venetti. Bien, señor marques.—El notario que V. E. mandó llamar, ha llegado.

Marques. (*Dándole la carta.*) Que entre en mi gabinete. (*Vase Venetti.—A Mateo.*) Cuando venga Estela, exhortadla vos... completad la obra que ha empezado su confesor... Si la convenceis, contad con mi gratitud... y con una pension de mil ducados.

Mateo. Ah! señor marques! nada... nada de eso!... lo que yo deseo es... lograr lo que me propongo, y... haceros ver que soy un hom... (*Gesto del marques. Mateo se reprime y finje toser.*) hom! hom! hom!... que soy una muger de peso. Sacad la orden del juez, y vereis como á las pocas horas no encontrais aqui

mas que personas que os obedezcan... (*Aparte.*) las que no, ya habrán tomado el portante.

Marques. (*Yéndose.*) Confio en ello.

Mateo. (*Haciéndole una reverencia.*) Yo lo tengo por seguro. (*Vase el marqués.*)

ESCENA VII.

MATEO; *luego* MIQUELA.

Mateo. Ah! respiremos! (*Esperezándose.*) Qué demonio de ropaje!—Pero no perdamos tiempo. Escribamos á Miquela lo que pasa... que no falte el coche... (*Abrese la puerta del foro: Mateo toma su actitud de Dueña, y hace que se compone el vestido.*)

Miquela. (*Aparte.*) Él es! (*Se acerca.*) Señora Bárbara! (*Mateo hace una reverencia: ella le imita.*) tengo el honor...

Mateo. (*Conociéndola y dejando la actitud.*) Ah! sois vos, Miquela? No podiais llegar á mejor tiempo!—qué traeis aqui? (*Toda esta escena debe hacerse con mucha viveza, y á media voz.*)

Miquela. (*Registrándose.*) Una carta de Liorna, con sobre á mí...

Mateo. (*Mirando el sobre.*) Ah! es del señor Rivera! Mirad si viene alguien...

Miquela. (*Mientras lee Mateo.*) Nadie... y aunque vengan! Pues qué, la señora Bárbara no puede recibir á sus amigas?—Qué dice?

Mateo. Todo va bien: el señor Rivera nos espera mañana en Liorna.

Miquela. Mañana!

Mateo. Sí; y alli estaremos.

Miquela. Cómo!

Mateo. Decid: vuestro tio, el que está allá es de fiar?

Miquela. Mi tio Gerónimo? respondo de él... (*Indicando darle dinero.*) con tal que haya... Pero cómo habeis de estar mañana en Liorna?

Mateo. No hay mas que sesenta millas... y con una

buena silla de posta... y dinero... Si no teneis, os daré... aqui me dejó el señor Rivera...

Miquela. No es eso lo que digo.

Mateo. Pues qué?

Miquela. Os vais á marchar solo?

Mateo. Cómo solo!

Miquela. Pues entonces...

Mateo. Dale!—Marchad, traed la silla de posta dentro de una hora, avisadme, y marchamos todos.

Miquela. Y el señor Juliani!

Mateo. Tambien!

Miquela. Jesus! sois brujo?

Mateo. (*Impaciente.*) Soy el diablo!

Miquela. (*Retrocediendo.*) Ave Maria purísima! No juguemos, que yo soy buena cristiana!

Mateo. (*Queriendo tranquilizarla.*) Miquela!

Miquela. (*Asustada.*) No me toqueis!

Mateo (*Impaciente.*) Maldita sea mi!...—Por Dios, Miquela! tranquilizaos! haced lo que os digo... y luego os esplicaré... vereis como todo ello es cosa muy natural y muy...

ESCENA VIII.

DICHOS.—VENETTI, *dos lacayos que traen una mesa con cubierto y viandas.*

Venetti. (*A los lacayos.*) Ponedla aqui. (*La ponen á la derecha.*)

Mateo. (*Aparte.*) Es Venetti.—Si traerá el mandamiento de libertad!—(*A Miquela.*) Quedaos.

Venetti. Señora; ahi teneis... Qué veo! La señora Miquela por acá! Habeis venido á visitar á vuestra amiga, eh?—Pero... yo venia en busca del señor marques.

Mateo. Se ha encerrado con el notario.

Venetti. Es verdad! ya no me acordaba.

Mateo. Teneis algo que decirle?

Venetti. No... entregarle este papel de parte del señor Bonesco, el juez.

Mateo. (*Tomando el papel.*) Ah! ya, ya! ya sé lo que es.

Venetti. Pero, señora, permitid...

Mateo. Chit! (*Con misterio llevándosele á un estremo del teatro.*) Es la orden para que se ponga en libertad á...

Venetti. Cómo! el señor marques os ha dicho...?

Mateo. Chit! Lo ha hecho por consejo mio.

Venetti. Pues ha sido un consejo...

Mateo. Chit! Es una estrategema.

Venetti. Una estratagema?

Mateo. Chit! Sí, para hacer consentir á la señorita Estela en el casamiento... no entendeis?

Venetti. Ya! ya caigo.

Mateo. Y como soy yo la encargada de intimarle á la niña...

Venetti. Ya! pero es decir... como el señor marques no me ha dicho que os lo...

Mateo. (*Con dignidad.*) El señor marques os ha dicho que me obedezcais.

Venetti. Es verdad.

Mateo. (*Con intencion y á fin de que Miquela se entere; acercándose á ella.*) Y si yo guardo este papel que contiene la orden de poner en libertad al señor Juliani...

Venetti. Chit!

Miquela. (*Aparte.*) Qué está diciendo!

Mateo. (*A Venetti, mirando con disimulo á Miquela.*) No se os figure que va á parar en malas manos... (*Alarga el papel con disimulo á Miquela: ella duda.*) Tomad pronto!

Venetti. Eh?

Mateo. (*Ofreciéndole la caja con la otra mano.*) Digo que tomeis un polvo. (*Venetti lo toma.*)

Miquela. Ay! qué travieso!

Mateo. (*Aparte á Miquela.*) Corred á la cárcel.

Miquela. Bien. (*Echa á andar: Mateo la detiene por el vestido: ella da un grito.*) Ay!

Venetti. (*Que tomaba un polvo.*) Qué?

Mateo. (*Fingiendo escuchar á Miquela.*) Qué decis?

Miquela. (*Aturdida.*) Qué mandais?

Mateo. (*Haciéndola señas.*) Hola! con que tendriais tanto gusto en ello? (*Yendo á sentarse á la mesa.*) Pues bien, por qué no le pedis permiso al señor Venetti?

Venetti. A mí, señora?
Miquela. (*En voz baja.*) Permiso de qué?
Venetti. Hablad.
Miquela. (*Aparte.*) Qué he de hablar! si no sé...
Mateo. Vamos, ánimo: si tanto deseais ver la fiesta de esta noche...
Miquela. Yo! (*Mateo la hace señas.*) Ah! Sí... sí... es verdad... si fuéseis tan amable, señor Venetti, que me permitierais volver luego á dar un vistazo...
Venetti. Vaya! con el mayor placer!... y me dareis en ello mucho gusto y mucha delicia, niña de mis entrañas y de mis...
Mateo. Señor Venetti! qué lenguage es ese en mi presencia!
Venetti. Perdonad, señora. (*Aparte á Miquela.*) Teneis una amiga insoportable!
Miquela. Eso decis ahora; pero cuando yo no esté delante...
Venetti. Cómo! Habia yo de preferir...?
Miquela. Hasta la vista... (*Llegándose á Mateo.*) Señora...
Mateo. Niña, oid un consejo. (*Aparte.*) Marchad, y asi que Juliani salga, que lo prepare todo. Yo detendré aqui á ese tonto.
Venetti. (*Aparte.*) Apostaria á que le está hablando de mí!
Mateo. Me entendeis? Nada de confianzas con el señor Venetti... no hableis mucho con él.
Miquela. Bien, señora. (*Aparte á Venetti.*) No lo decia yo? Vos la habeis hecho el amor, y ahora está celosa de mí.
Venetti. (*Acompañándola.*) Huy! qué desatino!
Mateo. (*A Miquela.*) No olvideis enviarme el cofre, Miquela, que no me he de presentar en la fiesta con este vestido.
Miquela. (*A Venetti.*) Digo eh?.. Cuando esté empegregilada os acaba de enamorar.
Venetti. Sí, de vos! (*Vase Miquela.*)

ESCENA IX.

VENETTI. MATEO, *sentado á la mesa.*

Mateo. (*A Venetti que seguia á Miquela.*) Señor Venetti, palabra: tengo que deciros.

Venetti. Con mucho gusto; pero...

Mateo. Pero... ya! mejor quisiérais acompañar á Miquela?

Venetti. No... pero... iba á buscar á mi amo.

Mateo. (*Aparte.*) Demonio!—Señor Venetti, venid... acercaos.

Venetti. Eh?

Mateo. Tomad una silla. Sentaos aqui junto á mí... vamos, vamos... yo os lo suplico. (*Venetti va á traer una silla.*) Yo te impediré que veas á tu amo.

Venetti. (*Aparte.*) Qué cambio de tono! (*Con miedo de sentarse.*) Calla! si habrá acertado Miquela! si este demonio me querrá... Ay! lo que veo! la botella estaba llena de vino hasta el gollete y ahora...

Mateo. (*Con afabilidad.*) Ya que hemos de vivir juntos, hablémonos un rato con franqueza. Aunque delante de mi educanda me veais siempre grave y severa para hacerla que me respete... no creais que soy siempre asi: tengo tambien momentos de abandono y de espansion... en ciertos casos... ya vereis... ahora estamos solos...

Venetti. (*Asustado.*) Sí... estamos solos!...

Mateo. (*Presentándole un vaso de vino.*) Vaya... con un bizcochito... Nada, no podeis rehusarlo de mi mano...

Venetti. (*Tomándolo.*) Señora...

Mateo. Creo que vos poseeis la confianza del señor marques?

Venetti. Lo tengo á honra.

Mateo. No lo estraño: basta miraros. Teneis una de esas fisonomias que á primera vista inspiran...

Venetti. (*Aparte.*) Pues estoy divertido! Fuera de aqui Mateo... y aqui...

Mateo. Eh? qué decis de Mateo? No es ese un tunante de quien me ha hablado el señor marques?

Venetti. Ese. (*Mirándolo.*) Cosa mas rara! ahora que os miro de cerca...

Mateo. (*Alargando el vaso.*) Quereis echarme?

Venetti. Sí señora. (*Va á echarle agua.*)

Mateo. Vino, vino. (*Le echa vino Venetti y bebe Mateo.*)

Venetti. (*Mirándolo.*) Con que el señor marques os ha hablado de Mateo? Sabe dónde anda?

Mateo. (*Con misterio.*) Sí: le han visto...

Venetti. Dónde?

Mateo. Aqui.

Venetti. (*Asustado.*) Aqui!

Mateo. Sí... en Florencia.

Venetti. Toma! en Florencia! buena noticia!

Mateo. Ya lo sabiais?

Venetti. Que si lo sé? Cáspita si lo sé!

Mateo. (*Aparte.*) Si habrá llegado ya Miquela á la cárcel!— (*Se echa vino. Venetti quiere echarle agua.*) Gracias, gracias... me lo han prohibido.— Qué amigo sois del agua! teneis mucha inclinacion al agua.—Con que ese Mateo es, como dice el señor marques, un hombre capaz...

Venetti. De todo: nada respeta.

Mateo. Ay! qué miedo!

Venetti. No... vos creo que estais segura.

Mateo. No importa: es preciso no descuidarnos... ponernos de acuerdo... vos me protegereis... me defendereis contra ese hombre, mi querido Venetti.

Venetti. Yo! (*Aparte.*) Harto haré en defenderme á mí.

Mateo. (*Acercándose á él.*) Decidme, decidme... cuáles son las salidas secretas del palacio?

Venetti. Las... hay una en...—Pero es cosa particular! cuanto mas os miro, mas me parece que no es la primera vez que os veo.

Mateo. (*Levantándose.*) Podeis mandar que quiten la mesa.

Venetti. (*Tocando la campanilla.*) Voy, voy.

Mateo. Vaya, decidme los sitios por donde se puede entrar y salir. (*Aparte.*) Salir.

Venetti. Esa galeria da...

Mateo. A los jardines.

Venetti. Cómo!
Mateo. Sí: la observé al entrar.
Venetti. Aquel es el cuarto de la señorita.
Mateo. (*Aparte.*) El mismo de su madre.
Venetti. Que comunica con el vuestro.
Mateo. Bien. (*Aparte.*) Lo mismo que en mi tiempo: nada ha cambiado.—Eso es cosa indispensable.
Venetti. (*Que no cesa de mirarle.*) Por supuesto.—Pero permitidme que yo tambien os pregunte.
Mateo. Hablad.
Venetti. Señora, habeis tenido por casualidad algun hijo?
Mateo. (*Con pudor, tapándose el rostro con él abanico.*) Vaya! Señor Venetti.
Venetti. Perdonad... no lo decia...
Mateo. (*Retirándose.*) Olvidais que soy doncella?
Venetti. (*Siguiéndole.*) Ay! es verdad!—Ni tampoco ningun nieto?—Pues entonces, en alguna parte nos hemos visto.
Mateo. Puede ser. (*Los lacayos salen y se llevan la mesa.*) Pero la señorita va á venir, y yo le he ofrecido al señor marques... vaya, dejadnos.
Venetti. Con mucho gusto.
Mateo. Id á ver si Miquela me ha enviado el cofre.
Venetti. Francisco. (*A un lacayo.*) Anda.
Mateo. No, señor... vos mismo... quiero que vayais vos mismo... estamos?
Venetti. Iré. (*Aparte.*) Cuando toma ese aire de...
Mateo. Id pronto.—(*Vase Venetti.*)

ESCENA X.

MATEO. ESTELA. *Luego* MIQUELA.

Mateo. (*Viendo salir á Estela por el foro.*) Ah! venid, señora, venid! ya estaba impaciente...
Estela. Qué me quereis todavia? Dejadme!
Mateo. Qué oigo! Ah! bien lo temia! los sermones del cura os han trastornado? ya no quereis seguirnos?.. ya renunciais á vuestro padre... á Juliani?
Estela. Juliani! se ha perdido por mí!

Miquela. (*Que sale en este momento.*) No! se ha salvado!

Estela. Juliani!

Miquela. Sí, ya está libre: Mateo y yo le hemos salvado.

Estela. Libre!—Dios mio! yo te doy gracias!

Mateo. Y bien! os negareis aun?...

Estela. Sí, sí, Mateo!

Miquela. Cómo!

Mateo. (*A Miquela.*) Dejadnos: voy á tentar el último esfuerzo. Entrad en ese cuarto, y esperad.—(*Miquela entra por la segunda puerta lateral.*)

ESCENA XI.

MATEO. ESTELA. *Luego* EL MARQUES.

Mateo. Señora, escuchadme. Ah! yo os lo suplico!... tened piedad del señor Rivera. Tened piedad de vuestro padre! (*El marques sale por el foro, oye esta última frase y se detiene sin ser visto de Mateo.*)

Marques. Ah! (*Mateo sigue hablándola con voz apagada y conmovida, de modo que el marques no la estrañe.*)

Mateo. Despues de tantos años como ha pasado lejos de su hija!

Marques. (*Aparte.*) Bien!

Mateo. Cuando la llama... cuando la abre los brazos...

Marques. (*Aparte.*) Muy bien!

Mateo. Ah! pensad, pensad en su pena, en su dolor, si resistis mas tiempo!...

Estela. No, no... no puedo!

Mateo. Por lo que mas amais! por la memoria de vuestra madre!

Estela. Mi madre! ah! por haber faltado á sus deberes...

Mateo. (*Aparte.*) Ah! maldito cura! si yo te pillase!—(*Viendo al marques.*) Huy! el marques! (*Con el tono grave de dueña.*) Pues en nombre de vuestros deberes y de la obediencia que debeis á vuestro padre, os hablo yo aqui, señora!—Ya os he

dicho cuál es su voluntad... y la voluntad de un padre... no sé si os lo han enseñado asi... es la voluntad de Dios!

Marques. (*Aparte.*) Perfectamente!

Mateo. Y por qué os resistis, cuando quiere asegurar vuestra felicidad, dándoos un esposo... (*En voz baja.*) que amais... (*Alto.*) un esposo digno de vos, señora?

Marques. (*Aparte gozoso.*) Le subo la pension á dos mil ducados! (*Dirigiéndose al foro.*—*Mateo sigue hablándola en secreto.*)

Estela. Es posible! ah!

Mateo. Chit! que está ahí el marques.

Marques. (*Aparte.*) Ya no la oigo bien.

Mateo. Si... mucho, mucho ha padecido en esta separacion!

Marques. (*Aparte.*) Como la apura! (*Va á hablar á un criado á la entrada de la galeria.*)

Mateo. Poco tiempo le queda de vida... y vais á reducirle á la desesperacion... (*Bajando la voz.*) y tambien á Juliani!

Estela. Ah! que se vaya!

Mateo. Ceded, señora... (*En voz baja y con mucha emocion.*) si no cedeis, se muere de dolor!

Estela. Oh! padre mio!

Mateo. (*Con fuego.*) Ah! os lo ruego de rodillas!... habeis ofrecido uniros á él. Si el señor Rivera pierde esta esperanza, no lo dudeis, sucumbe.

Estela. Padre mio! no, no, que viva... yo marcharé. (*En alta voz.*) Obedeceré.

Mateo. (*En alta voz.*) Ah! consentis al fin?

Estela. Sí, sí.

Marques. (*Acercándose.*) Qué oigo!

Mateo. (*Llevándosela á su cuarto, que es la segunda puerta lateral.*) Bien! entrad en vuestra habitacion á vestiros. (*Aparte.*) Ahi está Miquela.—Pronto iré yo... asi que le haya participado al señor marques... (*Vase Estela.*)

ESCENA XII.

MATEO. EL MARQUES.

Marques. No hay para qué.

Mateo. (*Fingiendo gran sorpresa.*) Cómo, señor! aqui estabais?

Marques. Todo lo he oido, y no seré ingrato, señora. Vuestro celo tendrá recompensa.

Mateo. (*Aparte.*) Asi lo espero. Señor!

Marques. Sois toda una muger!

Mateo. (*Aparte.*) Dios me libre!—Señor! tanta bondad

Marques. Quiero doblaros la pension ofrecida; y entretanto aceptad esto, (*Dándole un anillo de brillantes.*) en muestra de mi gratitud.

Mateo. No señor, no.

Marques. Tomadlo.

Mateo. Ya que lo mandais. (*Aparte.*) Esto es comer á dos carrillos.

ESCENA XIII.

DICHOS.— VENETTI.

Venetti. Señora, aqui está el cofre.

Mateo. Bien y gracias: que le lleven á mi habitacion. (*Señala la primera puerta lateral. Un lacayo que trae el cofre lo entra y vuelve á salir.*)

Venetti. Ah! señor! El coche de S. E. el señor marques de Apiani ha entrado en el patio.

Marques. Tan pronto! Y Estela no está vestida!... (*A Mateo.*) Señora, dadle prisa. Yo voy á recibir á S. E. (*Volviendo otra vez.*) Ah! si no acaba de consentir... Venetti debe haber traido la orden... pedidsela...

Mateo. Bien, señor. (*Viendo llegar á Venetti.*) Pero suena otro coche. Debe ser el gran duque!

Marques. Sí, sí. Voy corriendo. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

MATEO. VENETTI.

Mateo. (*Deteniendo á Venetti que iba á seguir al marques.*) Dónde vais? No habeis oido las órdenes del amo?

Venetti. Qué órdenes?

Mateo. Que os quedeis aqui para avisarle en cuanto la señorita esté pronta: ahora se está vistiendo en su cuarto: yo me voy al mio.—Y qué! no me ofreceis la mano?

Venetti. Sí tal. (*Le da la mano hasta la puerta.*)

Mateo. Hola! mirais este anillo? es un regalo del señor marques. (*Retirando la mano.*) Señor Venetti!..: qué libertades son esas!

Venetti. Cuáles?

Mateo. Vos me habeis apretado la mano!

Venetti. Yo! señora!

Mateo. Debia castigaros... pero os perdono! Tomad!... (*Le hace que le bese la mano, y se entra en su cuarto.*)

Venetti. (*Despues de besarla.*) Uf! á esto llama perdonar!

Mateo. (*Asomándose.*) Cuidado con entrar!

Venetti. No hay miedo! (*Aparte.*) Puede estar segura!

ESCENA XV.

VENETTI.

Calla! y echa la llave! (*Riendo.*) Ah, ah, ah... y el cerrojo! Ah, ah, ah... qué amor propio tan exorbitante! (*Pasan por la galeria apresurados varios lacayos de gala.*) Dónde van esos? Ah! será que llega ya el gran duque... y la señorita no sale!... (*Llegando á la puerta de la dueña.*) Señora, daos prisa! se me figura que las oigo cuchichear. Señora! no me responde. Habrá pasado al cuarto de la señorita. (*Va á llamar á la otra puerta.*) Señora!... qué es esto! (*Vuelve á la otra.*) Señora Bárbara!...

Cuando estas viejas se ponen á emperegilarse!... (*Mira por la cerradura y da un grito.*) Ay!

ESCENA XVI.

VENETTI. EL MARQUES. *Luego los convidados y criados.*

Marques. Qué háceis ahi? qué es eso?
Venetti. Señor!
Marques. Habeis avisado á la señorita?
Venetti. Iba á hacerlo... pero la puerta está cerrada, y por mas que llamo, nadie responde.
Marques. Eh! llamad mas fuerte.
Venetti. Es inútil! he mirado por la cerradura y he visto...
Marques. Qué?
Venetti. Que no se ve nada... todo está oscuro.
Marques. Qué significa... (*Llama á la puerta de Esla.*) Estela! Estela! (*La abre y se asoma.*) No hay nadie!
Venetti. Nadie! qué será!
Marques. (*Yendo á recibir á los caballeros que salen, precedidos y seguidos de los lacayos.*) Perdonad, señores... pero (*A Venetti.*) mirad, mirad si está en el cuarto de la señora Bárbara. (*Venetti entra por el cuarto de Estela.*) Cosa mas estraordinaria! —Qué hay?
Venetti. (*Saliendo.*) La puerta de comunicacion está tambien cerrada por dentro.
Marques. (*Furioso.*) Pues echadla al suelo! (*Entrase Venetti con dos criados.—A los caballeros.*) Señores, yo os pido que me disimuleis... pero S. A. está en el salon y no puedo hacerle esperar. (*Oyese echar abajo la puerta.*) Vamos! (*Llégase á la puerta de Estela.*) Y Estela? y la dueña?
Venetti. (*Saliendo apresurado con los vestidos de la dueña.*) Aqui está, señor!
Marques. (*Sorprendido.*) Cómo!
Venetti. Se han escapado dejando esto.
Marques. Ah! qué sospecha!—Venetti, y el papel que os entregó el juez?

Venetti. Se lo di á la señora Bárbara, que me dijo que V. E...

Marques. No hay duda! esa dueña...

Venetti. (*Registrando los bolsillos del vestido de la dueña.*) A ver... puede... aqui está! (*Le da un papel al marques.*) Tomad.

Marques. (*Abriéndole.*) No! esto es una carta. (*Leyendo.*) Qué miro! (*Colérico, señalando los vestidos.*) Era Mateo!

Venetti. (*Tirando los vestidos con horror.*) Huy!... Mateo!

Marques. Sí, miserable! Mateo que ha libertado á Juliani y se escapa con ellos! (*Lee la carta.*)

Venetti. Vamos á seguirlos... aunque rebiente todos vuestros caballos! Y yo que le besé la mano! (*Agarra los vestidos.*) Maldi... (*Se pincha.*) Ay! un alfiler!

Marques. (*Colérico.*) José Rivera!... Rivera los espera en Liorna! (*A Venetti.*) Como no los alcances!...

Venetti. (*Echando á correr y con furia.*) A Liorna!...

Marques. (*A sus criados.*) A Liorna!... (*Todos se precipitan por el foro.*)

ACTO QUINTO.

El patio de una posada en forma de terrado á la orilla del mar. A la derecha un pabellon: á la izquierda una casa con dos puertas, que se prolonga hasta el parapeto: en el fondo la mar. La línea del terrado que ocupa el foro es un parapeto de tres gradas.—Al estremo del pabellon, un arbol: entre el pabellon y el parapeto empieza una calle de árboles, que se supone ser la entrada al patio. Desde el parapeto se supone que se ve, á la derecha, el puerto y un buque; y á la izquierda las rocas.

ESCENA PRIMERA.

GERÓNIMO. *Luego* VENETTI.

Gerónimo. (*Ocupado en componer una red colgada en el arbol.—Llaman dentro.*) Quién? Esta vez no me engaño: han llamado.—Marieta!.. abre, que llaman.—Algun viagero... pues mas hora es de ponerse en camino que de parar en posada.

Venetti. (*Embozado y con un lio.*) Sois el posadero?

Gerónimo. Para serviros.

Venetti. Os llamais Gerónimo?

Gerónimo. Sí señor.

Venetti. Teneis en Florencia una sobrina llamada Miquela?

Gerónimo. Efectivamente.

Venetti. Y decid, no la estais esperando aqui hoy por la mañana?

Gerónimo. Yo, no.

Venetti. (*Desconcertado.*) No? Pues... cómo! yo suponia...

Gerónimo. Y por qué?

Venetti. Os lo voy á decir. (*Con misterio.*) Señor Gerónimo, sois hombre de guardar un secreto?

Gerónimo. Seguro: con tal que...
Venetti. Que os lo supliquen...
Gerónimo. Pues!
Venetti. Y os lo paguen... Es decir, el trabajo.
Gerónimo. Pagamos tanta contribucion... tanto...
Venetti. (*Mostrándole un bolsillo.*) Este bolsillo contiene cien ducados... con que si me prometeis...
Gerónimo. Señor, yo soy un pobre posadero, pero tengo conciencia...
Venetti. Y un desinterés... (*Poniéndole el bolsillo en la mano.*) á prueba de bomba!
Gerónimo. Pero de qué se trata?
Venetti. Dos sugetos, ayudados de vuestra sobrina Miquela, robaron anoche á la hija única del señor marques de Fieramonte, mi amo.
Gerónimo. Es posible? Miquela!
Venetti. Asi que lo supimos, me metí yo en una silla de posta, y corre que te corre... de Florencia á Liorna en cinco horas... qué tal? asi es que estoy desvenijado!
Gerónimo. Lo creo!
Venetti. (*Aparte.*) Ese Mateo ha de acabar conmigo!
Gerónimo. Cáspita! Sesenta millas!
Venetti. Oh! he corrido!... es decir, los caballos...
Gerónimo. Ya.
Venetti. Pero como yo logre vengarme de ese tunante, lo doy por bien empleado!
Gerónimo. Y habeis...?
Venetti. He alcanzado á los fugitivos á pocas leguas de aqui, antes de amanecer, cuando estaban mudando caballos. Al pronto no los conocí, porque los malditos se han disfrazado...
Gerónimo. Disfrazados!
Venetti. Sí; pero conocí á Miquela.
Gerónimo. Pero, señor... cómo es que mi sobrina anda en eso!
Venetti. No lo puedo comprender. Cómo, estando enamorada de Juliani, protege su fuga con otra querida?— Las mugeres son incomprensibles! En fin, yo apreté el paso, y he llegado antes que ellos á Liorna, donde tratan de embarcarse. Yo supongo que Miquela los traerá á esta posada, como la mas

á propósito por estar fuera de la ciudad y á la orilla del mar.

Gerónimo. En efecto: el mar llega al pie de este terrado.

Venetti. (*Mirando al foro con miedo.*) Sí, ya lo oigo... (*Poniéndose de puntillas.*) y se me figura que... se le van hinchaudo las narices...

Gerónimo. Sí... se va poniendo agitado.

Venetti. (*Alejándose.*) Os habeis establecido en un sitio diabólico! no pudísteis buscar otra posada...?

Gerónimo. Otra mejor que esta? estais loco? con unas vistas tan soberbias!

Venetti. Sí... (*Aparte.*) Buenas vistas!...

Gerónimo. (*Yendo al foro.*) Mirad, desde aqui se ve gran parte de la ciudad... los muelles, el puerto, la bahía, venid, subios en el parapeto.

Venetti. Gracias! Despues... ahora tengo que estar en acecho...

Gerónimo. Para prender á los fugitivos?

Venetti. Es decir... prenderlos yo solo no me es posible... (*Con misterio.*) Pero estaré aqui en observacion, para impedir con alguna astucia que se embarquen, y dar tiempo á que llegue mi amo, que se detuvo en Florencia á sacar la orden de prenderlos, y ya no debe tardar.

Gerónimo. Muy bien. Pero y si ellos os ven y os conocen?

Venetti. Si me conocen!... (*Mirando hácia el mar.*) Vaya! no gasteis esas bromas! (*Mostrando el lio.*) He tomado mis medidas: aqui traigo yo mi disfraz... Vos, proporcionadme algun cuarto desde donde pueda verlos y oirlos...

Gerónimo. (*Abriendo la puerta de la izquierda.*) Me parece que aqui...

Venetti. Perfectamente!—Voy á difrazarme como ellos. Cuidado con que digais nada á vuestra sobrina!... porque entonces... (*Mirando al foro.*) Cuánta agua! qué maldita eleccion habeis tenido! Pero por vengarme de Mateo... soy capaz...

Miquela. (*Dentro.*) Al patio.

Venetti. (*Asustado.*) Oís?

Miquela. En aquel terrado? (*Saliendo.*) Bien, bien.

Venetti. Es Miquela!... Adentro. (*Entrase apresurado por la primera puerta de la izquierda.*)

ESCENA II.

VENETTI, *oculto.* GERÓNIMO. MIQUELA.

Miquela. Ah! aqui está.—Tio!

Gerónimo. (*Abrazándola.*) Calla! eres tú? qué te trae por acá?

Miquela. El deseo de veros, tio, y de pasar unos dias en vuestra compañia.

Gerónimo. Hola! me alegro mucho! y vienes sola?

Miquela. No señor, con dos ó tres amigos.

Gerónimo. Y cómo no me los traes?

Miquela. Porque no.

Venetti. (*Escuchando.*) No los trae?

Miquela. Han ido á parar por ahi... á casa de sus parientes...

Venetti. (*Aparte.*) Demonio! y cómo averiguo yo...?

Miquela. Pero en cambio han llegado ahi unos viageros que encontramos á las puertas de la ciudad... unos peregrinos que vienen de la Tierra-Santa y de Roma, cargados...

Gerónimo. Si, de mas indulgencias que dineros.

Miquela. Bien.... las indulgencias... algo son!—Pero no tengais cuidado... os pagarán bien, no creais que son ningunos mendigos... El de mas edad de los tres, con quien nosotros hablamos, es un noble español.

Venetti. (*Aparte.*) Hola! Mateo es un noble español!

Miquela. Al menos, asi me ha parecido: sus dos compañeros le llaman don... don Hermol... Hermil... (*Aparte.*) Voto va!... ya se me ha olvidado cómo me dijo Mateo!

Venetti. (*Aparte.*) Qué diablo de nombre!

Miquela. Ah! Don Hermenegildo... don Herme... ne... gildo... Nunca puedo decirlo de una vez!—Como estaban tan cansados y no querian atravesar toda la ciudad, yo les dí las señas de esta posada, diciéndoles que aqui hallarian hospitalidad.

Gerónimo. Seguro.

Miquela. Y un buen almuerzo. No tardarán en llegar... ya le he prevenido á Marieta... (*Mirando hácia la derecha.*) Ah! miradlos... Por aqui, por aqui, señor don Hermenegildo... entrad...

Venetti. (*Aparte.*) Ellos son!

ESCENA III.

DICHOS.—MATEO. JULIANI. ESTELA.

(*Mateo sale de peregrino, muy viejo, con barba blanca, y aire patriarcal.*)

Mateo. Qué mandais, señora? (*Hace señas á Juliani y Estela de que lleguen.*)

Miquela. (*A Gerónimo.*) No me ha conocido... como no me ha visto mas que unos minutos!...

Venetti. (*Aparte.*) Qué mentir tan descarado!... y yo que queria casarme con esa serpiente!

Miquela. (*A Mateo.*) Ya no me conoceis? Yo soy la que os dirigió á esta posada.

Mateo. (*Acercándose.*) Ah! sí... es verdad! Perdonad, señora... pero el ardor del sol... los arenales de la Palestina y de la Judea han debilitado de tal modo mi vista... Mis hijos y yo os damos de nuevo las gracias. (*Aparte.*) Quién es este hombre?

Miquela. Mi tio.

Venetti. (*Aparte.*) Sus hijos, eh? Bribonazo!... Ahora verás! (*Escóndese.*)

Mateo. (*A Estela, llevándola al parapeto.*) Veis aquel buque con bandera española? ese es el que nos ha de llevar á Valencia; en él nos está esperando el señor Rivera.

Estela. De veras? Ah! mi padre!... tan cerca de mí!

Mateo. (*Trayéndosela.*) Contenéos. (*Aparte.*) Examinemos ahora... (*Vuelve á examinar el terrado.*)

Gerónimo. (*A Juliani.*) Se siente indispuesto vuestro compañero?

Juliani. No, no... la vista del mar le llama la atencion... es cosa tan imponente!... y cuando se ve por la primera vez...

Gerónimo. La primera vez! (*A Miquela.*) Pues no me has dicho que han estado en Palestina?

Miquela. Bien; y qué?

Gerónimo. Para ir allá y volver á Roma, me parece que habrán tenido que andar por mar.

Miquela. Qué! por todas partes se va á Roma... tomarian otro camino.

Gerónimo. Miquela!

Miquela. Tio! (*Gerónimo la toma de la mano, y se la lleva aparte.*)

Mateo. (*Aparte.*) Aquí la entrada del puerto... mas allá un embarcadero... esto es. (*Saca papel y lapiz y se pone á escribir.*)

Gerónimo. (*A Miquela con ironía.*) Me has dicho que esos santos varones traen muchas indulgencias, eh?

Miquela. Sí, tio.

Gerónimo. Pues bien, sobrina, aprovéchate.

Miquela. Para qué?

Gerónimo. Para hacer provision de ellas.

Miquela. Tio, yo no necesito indulgencias...

Gerónimo. No? mejor para tí.

Miquela. (*Aparte.*) Qué tono! me hace sospechar...

Gerónimo. Con que, se les dá almuerzo?

Miquela. Sí, sí... ya lo habia yo pedido... Ah! allí lo lleva Marieta.—Hermanos peregrinos; ya teneis listo el almuerzo: si quereis entrar allí... estareis solos y con tranquilidad. (*Señalando el pabellon.*)

Juliani. Con mucho gusto.

Estela. (*A Mateo.*) Le escribireis que no se esponga?

Mateo. Chit! (*Acaba de escribir.*)

Miquela. Marieta, servidles con esmero. (*A Mateo.*) Yo, para mas seguridad, me quedo en la sala anterior.

Mateo. Bien. (*Entranse Juliani, Estela y Miquela.*)

ESCENA IV.

MATEO. GERÓNIMO.

Mateo. Veis aquel buque?... el primero á la derecha?

Gerónimo. Que tiene bandera española?

Mateo. Teneis cincuenta ducados si dentro de un cuar-

to de hora está este papel en manos de su capitan. Me entendeis?

Gerónimo. Muy bien, muy bien.

Mateo. Y si se presentan por aqui algunos esbirros, otros cincuenta ducados porque calleis.

Gerónimo. (*Calculando.*) Cincuenta y cincuenta... son ciento... (*Mirando á la derecha.*) y ciento que me da el otro... la partida es igual.

Mateo. Estamos conformes?

Gerónimo. Conformes.

Mateo. (*Dándole el dinero.*) Cuento con vos?

Gerónimo. Señor, yo soy un pobre posadero, pero tengo tanta conciencia... como vos.

Mateo. Me basta.—Faltan dos renglones... y andando. (*Escribe.*)

Gerónimo. (*Aparte, con un bolsillo en cada mano.*) Ciento por no decir nada... y ciento por callar... total, doscientos ducados por no hablar. Pues señor, no hablaré: la probidad antes de todo: asi obedezco á los dos. (*Guarda los dos bolsillos.*)

Mateo. (*Aparte, cerrando la carta.*) Ya está. Dentro de una hora irán al muelle, vendrá el bote... [redacted] gente armada...

ESCENA V.

DICHOS.—VENETTI, *de peregrino.*

Venetti. (*Aparte.*) Ya debe haber llegado el señor marques. (*A Gerónimo, sin ver á Mateo.*) Gerónimo, esta al marques de Fieramonte, en casa del almirante. (*Le da una carta.*)

Gerónimo. Está bien.

Mateo. (*Dándole otra por el lado opuesto.*) Al capitan del buque.

Gerónimo. Está bien. (*Se va, mientras Mateo y Venetti se vuelven en sentido opuesto á ver si alguien los mira. Vuélvense de nuevo, con el dedo en la boca, como para imponer silencio á Gerónimo.*)

Mateo y Venetti. Y cuidado! (*Se detienen, se miran asombrados, apartan los ojos y se ponen á rezar.*)

Mateo y Venetti. Dios te salve, Maria...

Mateo. (*Aparte.*) De dónde ha salido este demonio!

Venetti. (*Aparte.*) Y yo que no lo habia visto!—Os ha sorprendido el verme?

Mateo. (*Sin mirarlo, haciéndose muy viejo.*) Confieso que... no sabia... apenas distingo ya...

Venentti. (*Aparte.*) Si fueras ciego!

Mateo. Ya mi vista...

Venetti. Sí... con el sol de la Palestina... (*Sorpresa de Mateo.*) Os he oido desde ese cuarto, donde yo estaba rezando...

Mateo. Ya! (*Aparte.*) Si ese Gerónimo no se da prisa...

Venetti. (*Aparte.*) Si ese Gerónimo tarda... (*A Mateo, que iba hácia el foro.*) Y vuestros compañeros... tan jóvenes!... y hacer tanto camino á pie!

Mateo. Cuando se trata de cumplir un deber... (*Quiere ir hácia el foro.*)

Venetti. (*Deteniéndolo.*) Sí, pero...

Mateo. (*Aparte.*) Oh! qué pesado es mi compañero!

Venetti. Y tratais, señor don Hermenegildo, de volveros á nuestra amada patria?

Mateo. Hola! sois tambien?...

Venetti. Soy de Cadiz. (*Deteniéndolo.*) Qué ganas tendreis de salir de Toscana, eh?

Mateo. Oh! muchas.

Venetti. (*Deteniéndolo.*) Yo lo creo!

Mateo. (*Aparte.*) Maldita sea tu estampa!

Venetti. Yo juzgo de vuestra impaciencia por la mia. (*Aparte.*) Cómo tarda Gerónimo!(*Mateo va al foro, y sube al parapeto.*) Ay! si ahora yo me atreviera... este era el momento de desquitarme... ahora que está descuidado... lo empujaba yo al mar...

Mateo. (*Aparte.*) Ah! Ah! ya veo salir el bote y dirigirse al buque.

Venetti. (*Aparte, animándose.*) Ea, Venetti.... Ea!... valor!... ahora que está de espaldas... Ea! valiente Venetti!... (*Se acerca á él; y al ir á empujarlo, se vuelve Mateo, y Venetti se queda en actitud de implorar al cielo.*) Santa Maria, madre de Dios...

Mateo. Qué es eso? qué haceis?

Venetti. Hermano, estoy rogando á Dios... para que os mueva á concederme un favor...

Mateo. Cuál? (*Aparte.*) Ah! ya llega el bote á bordo!

—Qué quereis?

Venetti. Quisiera tambien volver á mi pais... y si me hiciérais la caridad de llevarme en vuestra compañia...

Mateo. Con mucho gusto; pero nosotros vamos á marchar al instante.

Venetti. (*Aparte.*) Hola! hola!—Concededme solo una hora...

Mateo. Una hora!

Venetti. O media hora... lo necesario para rogar á Dios que nos dé un buen viaje.

Mateo. (*Con impaciencia, olvidándose de su papel.*) Eh! ya rezareis... (*Conteniéndose, y con mucha uncion.*) ya rezaremos juntos á bordo. Veis aquella embarcacion?

Venetti. (*Con miedo.*) Una embarcacion!

Mateo. (*Tomándolo del brazo.*) Sí... aquella... aquella...

Venetti. (*Resistiéndose.*) Sí... ya... ya la veo!

ESCENA VII.

DICHOS.—MIQUELA, *asustada.*

Mateo. Qué hay?

Miquela. El señor... (*Viendo á Venetti.*) Ah!

Mateo. No temais; es un peregrino como yo.

Venetti. (*Aparte.*) La primer verdad que ha dicho en su vida.

Mateo. (*A Miquela.*) Qué decís! El marques!...

Miquela. Ha llegado con su comitiva... con un enjambre de esbirros... que andan ya registrando las posadas y los muelles... y van á reconocer todas las falúas que salgan del puerto.

Mateo. A Dios!

Miquela. No hay duda que Venetti anda en este fregado... y está por aquí...

Mateo. (*Con furia.*) Venetti! Si llego á echarle la vista encima... si su condenada estrella le pone otra vez á mis ojos, juro á Dios trino y uno que de esta no sale vivo de mis manos.

Venetti. (*Cayendo de rodillas, y con fervor.*) Credo

in unum Deum... Patrem omnipotentem... Santo Dios! Santo fuerte!... Ay! no me ha quedado gota de sangre!

Mateo. (*Que ha estado cavilando.*) De ese modo nos es imposible embarcarnos! (*Con furor.*) Ahogarnos á la orilla! (*Poseido de una idea.*) Ah! si pudiéramos... (*Va al parapeto y vuelve.*) No es posible! yo me tiraria y saldria... pero ellos!

Miquela. Cómo! y la señorita Estela!...

Mateo. Qué! un salto de ocho varas lo menos!...

Venetti. (*Aparte.*) Dios me favorezca!

Mateo. (*Examinando el foro.*) Decid, Miquela, no podriamos ganar esas rocas? (*Señala á la izquierda.*)

Miquela. Ya se vé que sí! por el jardin...

Mateo. La primera de acá no tiene arriba de dos varas de elevacion sobre el mar... Vaya! no está todo perdido!

Venetti. (*Aparte.*) Qué va á hacer este hombre!

Mateo (*A Miquela.*) Id á avisarlos...

Miquela. Voy, voy...

Mateo. Pero no les digais que ha venido el marques: no conviene asustar á Estela. (*Vase Miquela.*) Ay! otro inconveniente tenemos! los del buque no saben esto, y el bote se dirigirá al puerto, y no aquí... (*A Venetti.*) Compañero!

Venetti. (*Sorprendido.*) Eh? qué mandais?

Mateo. Estais siempre en venir con nosotros?

Venetti. Sí tal, si me esperais un rato...

Mateo. Sí... pero nos ocurre una dificultad... ya os contaré... y vos podeis servirnos ahora...

Venetti. Corriente.

Mateo. El bote que ha de venir por nosotros se dirijirá al puerto: si llega á entrar en él, se acabó, no marchamos... es preciso poner aqui un vigia para advertirle que mude de rumbo... Servid vos de vigía... subios en este parapeto...

Venetti. Yo! perdonad, pero...

Mateo. Vamos.., venid, venid sin remedio, porque ya sabeis parte de nuestro secreto, y no hay escape... venid!

Venetti. (*Siguiéndole.*) Vamos. (*Aparte.*) Lo haré, no sea que sospeche... (*Viendo á Mateo subido en el*

parapeto.) Huy! esta es la mia! (*Va á empujarlo al mar otra vez: Mateo se vuelve, y queda Venetti con las manos juntas y levantadas.*) Santa Maria madre de Dios...

Mateo. Dale con el rezo! vamos, subid pronto!

Venetti. Y está esto bien sólido? me parece que se menea!

Mateo. Quien se menea de miedo sois vos! ea! arriba, arriba...

Venetti. Hace un viento!... (*Sale Juliani.*)

Mateo. Ahí quieto.— Cuando veais el bote á corta distancia hacedle señas de que mude de rumbo y se dirija á esas rocas de la izquierda. (*A Juliani.*) Ya lo habeis oido... no le perdais de vista... yo vuelvo pronto. (*A Venetti.*) Vamos... haced las señas... (*Venetti hace señas. Mateo se va por la segunda puerta de la izquierda. Juliani le sigue con la vista.*)

ESCENA VIII.

VENETTI. JULIANI; *luego* MIQUELA *y* ESTELA.

Venetti. Ay! qué situacion! Si el señor marques llegara y me viera asi... hecho un telégrafo.., creeria que yo era tambien del complot!... Y no me atrevo ni á respirar, no sea que me caiga... ay! en medio de ese mar furibundo!...

Juliani. (*Mirando al mar.*) El bote se detiene... está indeciso... (*A Venetti.*) Llamadlo, llamadlo.

Venetti. (*Haciendo señas.*) Haber logrado Mateo hacerme instrumento de un rapto! Si yo les hiciera señas de que se alejaran... (*Las hace.*)

Juliani. (*A Estela que sale con Miquela.*) Estela... ya vienen por nosotros... dentro de pocos minutos estaremos en salvo... lejos para siempre de este pais fatal, donde no dejamos mas que objetos de horror!

Miquela. (*Con tristeza.*) De horror!

Juliani. Ah! perdonad, Miquela! me olvidaba que dejamos aqui una amiga fiel y generosa!

Estela. A quien debemos nuestra felicidad!

Venetti. (*Aparte.*) Me han entendido... bueno! se de-

tienen!—Ay! qué es lo que veo! Mateo se ha subido á las rocas, y los llama, y echa una escala... Se acabó! Si el señor marques tarda, se nos escapan!.. (*Bájase con disimulo del parapeto y se va por la derecha.*)

Miquela. Solo os ruego que me pongais dos renglones... para decirme que sois felices... muy felices... y entonces... yo... (*Casi llorando.*) yo lo seré tambien!... Dadme un abrazo!

ESCENA IX.

DICHOS. MATEO.

Mateo. Ea, marchad; ya espera el bote.
Juliani. Miquela!
Estela. A Dios!
Miquela. A Dios!
Juliani. (*Llevándose á Estela.*) Estela, vamos! (*Vanse.*)
Miquela. Mateo, cuidadlos bien! (*Llorando.*)
Mateo. Oh! ahora yo respondo de ellos!—Adios, Miquela! Sois la muger mas noble del mundo! Si no os asustaran mucho estas barbas...
Miquela. (*Mostrando la puerta por donde se ha ido Juliani.*) Qué quereis ya que me asuste!
Mateo. Pues venga un abrazo! (*Se abrazan.*)
Venetti. (*Saliendo y haciendo señas.*) Aqui, pronto!

ESCENA X.

MATEO. VENETTI. ESBIRROS; *luego* GERÓNIMO.

Venetti. (*Deteniendo á Mateo por la capa que se le cae.*) Alto ahí!
Mateo. (*Se detiene, cierra la puerta, y le impide el paso.*) Quién es?
Venetti. (*Tirándole al suelo el sombrero y arrancándole la barba.*) Hola! Señor Mateo!
Mateo. (*Haciendo lo mismo con él.*) Venetti!
Venetti. Sí... Venetti, que ahora no te tiene miedo... (*A los esbírros.*) Entrad por ahí... prendedlos.
Mateo. (*Quitando la llave.*) Eso no!

Venetti. Obedeced!
Mateo. Nadie pasa mientras yo viva!
Venetti. Paso, Mateo!
Mateo. No hay paso!
Venetti. Pues ea!.. (*A los esbirros.*) Preparen! (*Los esbirros preparan las armas. Mateo agarra á Venetti y se lo pone delante.*)
Mateo. Apunten!... fuego!
Venetti. No! no! no hay que tirar! Agarradle! (*Los esbirros se adelantan. Mateo se lleva á Venetti hácia la calle de árboles y desaparece.*) Agarradle... Ay! Mateo! perdóname! perdóname! (*Vuelve á salir Mateo perseguido por otros esbirros: se echa sobre el hombro á Venetti (un maniqui), sube al parapeto, y se tira con él al mar. Los esbirros corren al parapeto: Gerónimo los detiene.*)
Gerónimo. Deteneos!
Miquela. (*Subida en el parapeto.*) No tireis! vais á matarlos á los dos... Mateo... perdonadle! soltadle! Ay! cómo lo zambulle! Basta, Mateo... Ya lo suelta! Tio! una cuerda! (*Echanle una cuerda.*)
Gerónimo. Animo, señor Venetti!
Miquela. Moved esos brazos! Ea! firme!
Venetti. (*Apareciendo por detras del parapeto agarrado á la cuerda y hecho una sopa, y sentándose.*) Ay! ay! (*Tiritando.*) Ay! qué frio! qué agua tan salada! puf! puf! prefiero la del rio!
Miquela. Venid á secaros.
Venetti. No! no! (*Levantándose.*) Muchachos, á ellos! aun no se habrán embarcado, aun será tiempo! (*Al querer dirigirse á la puerta se ve cruzar el bote por el mar á todo remo, y en él Juliani y Estela. Mateo llega nadando al bote, y entra en él.*)
Mateo. Acá estamos todos! (*Suena un cañonazo. Todos quedan inmóviles.*)
Miquela. Se han salvado!
Venetti. (*Jurándoselas furioso.*) Ah! Mateo! Mateo!
Miquela. (*Agitando un pañuelo.*) Adios! Adios!
Mateo, Juliani y Estela. (*Agitando sus pañuelos.*) Adios! Adios!

FIN DEL DRAMA.